7108

Mi casa

Paso

ANTONIO PASO Y ANTONIO ESTREMERA

.....

MI CASA

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS,

—— EN PROSA, ORIGINAL ——

Copyright, by Antonio Paso y Antonio Estremera

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, número 24
1926

MI CASA

MI CASA

Juguete cómico en tres actos,
— en prosa, original de —

ANTONIO PASO Y ANTONIO ESTREMERA

.....

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA, el 1 de octubre de 1926.

.....

IMPRENTA DE L. RUBIO
Calle de las Aguas, 11 duplicado
MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados o representantes de la **Sociedad de Autores Españoles** son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproductión réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Noruégue et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CHON	Sra. Muro.
DOÑA ANGUSTIAS	» Mayor.
PURIFICACION	» Fernández.
MARIA DE LA O	Srta. Molina.
CLARITA	» Rafaela de Aldana.
DON TANCREDO	Sr. Ortas.
MARIO	» Asquerino.
DON SEBASTIAN	» Pedrote.
PIO	» Riquelme.
DOMINGO	» Tobías.
DON ROSARIO	» Górriz.
TRINITARIO	» Manzano.

La acción en Salamanca.—Epoca actual.

Derecha e izquierda del público.

672894

Acto primero

Amplia sala señorial de un casón en Salamanca. Muebles, sillas, etc., etc., serán de una gran antigüedad. En las paredes, grandes retratos de los antepasados de los dueños de la casa. Todos ellos borrosos por la mano del tiempo, menos uno que aparecerá retocado; en el centro de la escena, una mesita cuadrada, y sobre ella, algunos libros y varios bocetos. Lateral izquierda del público, puerta en primer término; lateral derecha, dos puertas. En el centro del foro, escalera que dobla a la derecha y que figura conduce al piso alto. Todos los demás detalles que crea la Dirección y que le den carácter a la escena. Al empezar la acción son las nueve y media de la mañana.

(En escena Purificación, ama de llaves de unos cincuenta y cinco años, y María de la O, criada de unos treinta.)

PURIFIC. ¿De modo que ha dejado usted la habitación?...

MARIA Como una paloma de blanca; no se quejará la señorita; yo no he dado mano hasta dejarlo bien, bien, porque como me figuro que la señorita vendrá cansadísima del viaje...

PURIFIC. Debe venir muerta: de Nueva York a París y de París, a Salamanca.

MARIA ¿Y todo eso de un tirón?

PURIFIC. No lo creo, porque un tirón así, es para

matar a una; pero, de todos modos, vendrá muy necesitada de descanso.

MARIA — El señor y la señora ya hace rato que se fueron a la estación.

PURIFIC. — Se han ido con tiempo, porque el tren no llega hasta las diez; pero la impaciencia por abrazar a la nieta...

MARIA — Y más que por abrazarla, por conocerla; porque a mí no me digan, un retrato no es como la persona.

PURIFIC. — En fin, que llegue con bien es menester, y que la gracia de Dios, que nunca se ha apartado de esta casa, siga en ella por los siglos de los siglos.

MARIA — Verdaderamente, más que casa parece esto un convento.

PURIFIC. — Y así debieran ser todas; pero, desgraciadamente, eso que llaman progreso nos está apartando del buen camino.

MARIA — Bueno, yo, si a usted no le parece mal, me voy a llegar por mi Nicolasín, que quiero presentárselo a la señorita al llegar.

PURIFIC. — ¿Y dónde está?

MARIA — Se lo llevó Valeriano a la puerta de la Catedral a comprarle una palma. Como hoy es Domingo de Ramos...

PURIFIC. — Pues vete, y de paso le dices a Vale que hoy no puede faltar de aquí.

MARIA — Descuide usted. *(Al hacer mutis por la izquierda se vuelve y dice.)* Aquí viene el boticario y su hijo.

PURIFIC. — ¿El boticario y su hijo? Me extraña que no estén en la estación.

TANCRE. — *(Entrando, seguido de Pío, que viene vestido de saqué, etc., etc., un ramo de flores, casi todo de campanillas.)* Buenos y peptonados.

PURIFIC. — Buenos nos los dé Dios.

TANCRE. — Pasa, hijo, pasa.

PIO — *(Entrando.)* Con permiso.

PURIFIC. *(Viéndola.)* ¡Vaya! Y qué elegante se ha puesto el señorito Pío!

TANCRE. Elegante y florido, pero no le extrañe, amiga Purificación, porque si no se elegantiza hoy, ¿cuándo si no? Y sabe usted el compromiso que don Sebastián y yo tenemos contraído; la nieta que llega va a ser esposa de éste; se conocen por fotografía; éste le mandó desde aquí un retrato tipo visita que le quedaba del año pasado, que se hizo doce visitas en una tarde; ella le envió desde Nueva York una americana igual a la que le mandó a su abuelo, que por cierto se la ha puesto encima de la mesa del despacho...

PURIFIC. Y que no consienten que la toquen; ni él ni la señora; y después de comer y después de cenar se pasan las horas muertas mirándola.

TANCRE. Es natural; lo mismo haría usted y yo y cualquiera; el único hijo que hubieron en su matrimonio, se les fué muy joven a América; allí hizo una fortuna enorme, casó, tuvo ese fruto de bendición que está para llegar; la madre murió días después de dar a luz, y más tarde..., ya conoce usted la triste noticia que invadió esta casa hace cuatro años.

PURIFIC. La muerte del señorito Jesús María...

TANCRE. Sí, amiga Purificación, sí; la muerte del hijo, que sumía a la chica en la más completa orfandad, sin más amparo que el de sus abuelos y unos cuantos millones ganados en una ruda labor de años y años, porque la nieta, si no me equivoco, son veintidós años los que debe tener.

PURIFIC. Veintitrés.

TANCRE. Sí, sí, tiene usted razón; deben ser veintitrés. En fin, no recordemos tristezas, ya que hoy es día de alegrías.

PURIFIC. Lo que me extraña es que no hayan ustedes ido a la estación.

PIO Lo ve usted, padre, a todo el mundo le choca que no estemos esperando el tren.

TANCRE. Les chocará, pero en esta ocasión yo estoy contra todo el mundo; una consideración de orden moral nos aleja del andén; como la muchacha es millonaria y te vas a casar con ella, nuestra presencia en la vía pudiera parecer un egoísmo del que estamos muy lejos; es más correcto esperarla aquí; así se evitan murmuraciones, porque si la chica es, que indudablemente lo será, como aparece en la fotografía, ya puedes agradecérmelo, porque te he buscado una novia que ríete.

PURIFIC. Y ese ramo es para la señorita.

PIO Una modesta ofrenda.

PURIFIC. ¿Y qué flores son?

PIO Casi todas campanillas. A mí me hubiese gustado más claveles y rosas, pero en este tiempo ya sabe usted lo difícil que es encontrar aquí flores.

TANCRE. Sean claveles o sean campanillas, es lo mismo; lo importante no es la clase de flor, sino la atención.

PURIFIC. Tiene usted razón. *(Se oye por la izquierda ruido de colleras.)* ¡Ya están ahí!

TANCRE. ¿Está usted segura?

PURIFIC. Es el ruido de las colleras de las mulas de casa; entre cien que las pusieran las conocería.

TANCRE. ¡Claro, la costumbre!

PURIFIC. Yo no me puedo contener; voy a la puerta. *(Mutis izquierda.)*

TANCRE. Sí, vaya, vaya... Pío.

PIO Padre.

TANCRE. No olvides lo que te he encargado. Corrección en los modales, galantería en las frases y elegancia en las posturas.

PIO Descuide usted, padre.

TANCRE. Si en el retrato la han favorecido y el original es un coco, no te asustes.

PIO Aunque lo que llegue sea un galápago, para mí llega una Venus.

TANCRE. Ese es el camino: ¿recuerdas la oración amorosa que confeccionamos?

PIO Palabra por palabra, ¿quiere usted que la repita? Asunción, desde el día que ví su retrato...

TANCRE. Basta, basta... ¿No tartamudearás?

PIO Que le digo a usté que esté tranquilo.

TANCRE. ¡Cuidado, que llegan! Búscate una «poss» que no parezca estudiada.

PIO *(Colocándose en una actitud cómica.)* ¿Le parece a usted así bien?

TANCRE. Sí, pero contén ese temblor nervioso. Te agitas demasiado, y, sobre todo, no aprietes tanto las manos.

PIO Ya sabe usted que esto de apretar los puños no lo puedo remediar.

TANCRE. Pues haz un esfuerzo, porque apretando de ese modo pierde aristocracia la figura: esas no son manos, son dos cascanueces.

PIO No me azore usted, padre.

TANCRE. ¡Chis! Que llegan. *(Por la izquierda entra don Sebastián, de unos sesenta años, barba canosa y poblada, y doña Angustias, su señora, un poco más joven que él; tanto en el vestir como en el hablar y en sus modales darán idea de ser esas figuras provincianas de rancio abolengo que no viven con la época que atraviesan. Les sigue Purificación.)*

SEBAST. Sí, Purificación, sí, inexplicable, y no sé si añadir y doloroso.

ANGUST. ¿Pero es que temes alguna desgracia, Sebastián?

SEBAST. Qué sé yo qué decirte, Angustias: ella ha

debido llegar, el telegrama está bien terminante. *(Saca un telegrama y lee.)* «El domingo tendrá el gusto de abrazaros vuestra nieta Asunción. Hoy es domingo: el tren en que podía haber venido de San Sebastián ya ha llegado.»

TANCRE. ¿Ah, pero es que por lo visto?...

SEBAST. Sí, querido Tancredo, y perdóname que no te haya tendido mi mano al entrar, y el pollo también que me perdone, pues estoy que me sumo en un Cantábrico de confusiones.

TANCRE. Sin embargo, Sebastián, figúrate que ha perdido el tren.

ANGUST. Esa misma consideración le he hecho yo.

SEBAST. Pero es que de haber sucedido así, nos lo hubiese telegrafiado.

PIO Un olvido.

SEBAST. ¡Imposible! Ella debe suponer, qué digo debe, se lo supondrá seguramente, nuestra impaciencia, y suponiéndosela, ¿cómo iba a dejar de telegrafiarnos, si hubiese perdido el tren? No, querido Tancredo, no; esto es otra cosa que no quiero vaticinar por temor al acierto.

ANGUST. Sebastián, ten en cuenta, que soy algo miocardíaca y ese pesimismo tuyo puede influir en el funcionamiento de mi víscera motriz... ¿no te parece, Tancredo?

TANCRE. Seguro. Ahora que no debes preocuparte, porque teniendo a mano un sello de esos que yo he inventado para los colapsos, ríete de todas las miocarditis; pero ya sabes que hay que tomarlo en seguida; pero eso precisamente lo he titulado sello de urgencia.

SEBAST. *(Sentándose.)* Pues nada, nada, desechemos los pesimismos y confiemos en Dios.

PURIFIC. ¿Y qué hacemos de la tarta de Chantilly que le tenía preparada?

SEBAST. Pues comérnosla nosotros, y ya le harás otra cuando venga. *(Por la izquierda entra María de la O con Nicolasín; es un niño de unos cinco años, que viene vestido de día de fiesta, pero modestamente, y y trae de la mano una palma de esas que bendicen el Domingo de Ramos en la iglesia.)*

MARIA *(Desde la puerta.)* ¿Dan permiso los señores?

SEBAST. ¿Quién es?

PURIFIC. María de la O.

SEBAST. Ah, sí, pasa, pasa.

MARIA *(Entrando.)* ¿Pero qué es lo que me ha dicho el cochero? ¿Que no ha llegado la señorita?

ANGUST. No ha llegado...

MARIA Pero no será porque le haya ocurrido algo, ¿verdad?

SEBAST. Así lo creemos.

MARIA Y yo, que he venío a to correr de la Catedral pa conocer a la señorita y pa presentarle a mi Nicolasín... ¡Claro que lo del chico es un atrevimiento; pero los señores me lo dispensarán, porque una, como es madre, pues a una madre... además, que a la señorita estoy segura que le gustará verlo.

ANGUST. Primero tiene que vernos a nosotros.

SEBAST. Y después a don Tancredo.

TANCRE. O que vea al niño de la palma antes; por mí, ya sabes que yo no soy obstáculo.

ANGUST. Por Dios, no descendamos a minucias...

PIO Lo primero es que llegue.

SEBAST. El pollo acaba de decir una verdad como una cúpula. Así, pues, esperemos que llegue, y en tanto hacer el favor de dejarnos solos, que como no hay mal que por bien no venga, voy a solucionar una cosa, que

debí solucionarla antes de que llegase mi nieta y que no sé por qué no solucioné.

TANCRE. ¿Es acaso lo de tu sobrino Mario?

SEBAST. Precisamente; y si no te parece mal, también debía de dejarnos tu hijo, dado lo espinoso del asunto...

TANCRE. Me parece acertadísimo, Pío.

PIO Padre.

TANCRE. Vete a la botica, que ahora voy yo.

PIO ¿Y qué hago con las campanillas?

TANCRE. Colgarlas, o mejor meterlas en remojo; puede que en agua se conserven hasta mañana.

PIO Queden ustedes con Dios.

ANGUST. El te acompañe, Pío.

SEBAST. Con él vayas, Pío.

MARIA ¿No mandan nada los señores?

SEBAST. Que vayas a tus quehaceres y nada más.

MARIA En seguida. *(Hace mutis izquierda.)*

SEBAST. Y tú, Purificación, haz el favor de subir a las habitaciones de mi sobrino Mario y dile de mi parte que haga el favor de bajar.

PURIFIC. Puede que esté durmiendo todavía, porque como se acuesta tan tarde...

ANGUST. Pues que se levante; eso de trasnochar no reza con nosotros. *(Purificación hace mutis por el foro izquierda.)*

TANCRE. Todos los artistas son lo mismo.

SEBAST. ¿Artista? ¿Pero es que mi sobrino es artista?

TANCRE. Hombre, él, por lo menos...

ANGUST. Mario es un bohemio, educado en el ambiente de Madrid, sin freno ni ley de Dios.

SEBAST. Y que desde la muerte de su padre, de mi pobre hermano, no ha hecho más que pedirme dinero en todas las formas y en todos los correos.

TANCRE. Pues él se cree un Murillo o un Goya.

SEBAST. Así nos lo indicaba en sus cartas. Yo nunca lo creí, y si le hice venir a restaurar la

capilla de la casa sin que en realidad lo necesitase, lo hice por ayudarle, por ver si aquí se corregía de esa vida ligera y banal que hacía en la corte...; pero aparte de que sus trabajos no me satisfacen, llegando nuestra nieta, Mario no puede permanecer aquí, ¿verdad, Angustias?

ANGUST. De ninguna manera; sería un peligro enorme. Una muchacha que estará educada como nosotros hemos educado a su padre.

TANCRE. Así lo creo yo.

SEBAST. Y puedes creerlo; debe ser lo que se llama una mujer de su casa; no habrás olvidado que al noticiarnos la muerte de su padre le telegrafiamos que aquí tenía un hogar y unos brazos, y que si quería saldríamos inmediatamente por ella, y ya recordarás la contestación: que no era necesario que nos molestásemos y que en cuanto arreglase todos los asuntos que había dejado pendientes su padre correría a nuestro lado. Esto, ¿qué indica? Pues que es una muchacha sentada, juiciosa.

TANCRE. Y hasta financiera.

SEBAST. Esa es la palabra: financiera.

TANCRE. Me parece que baja Mario.

SEBAST. Pues ahora veréis.

TANCRE. Diplomacia, Sebastián.

SEBAST. Un maquiavelo. *(Por la escalera del foro aparece Mario, de unos veintinueve años, tipo de artista bohemio; avanza al centro.)*

MARIO Buenos días.

LOS TRES *(Con cierta frialdad.)* Buenos.

MARIO *(A Sebastián.)* Me ha dicho Purificación que me llamabas.

SEBAST. Así es; siéntate, que necesito que hablemos de algo muy importante.

MARIO Estoy seguro que se trata de mis trabajos en la capilla.

ANGUST. De tus trabajos y de algo más.

MARIO Ya he comprendido que lo que llevo hecho no les ha llenado por completo.

SEBAST. No podían llenarnos: el fresco del techo es de un atrevimiento...

ANGUST. Dí mejor de una obscenidad.

MARIO Son las tentaciones de San Antonio, tía.

ANGUST. Sí, pero esas mujeres... sin más ropa que el pelo que les cae.

SEBAST. Que más vale que no les cayera, porque para lo que les tapa.

MARIO Pero si la idea no es mía, si todos los pintores la han concebido y la han pintado así.

TANCRE. No, si el asunto está bien tratado. Sus tíos a lo que se refieren es a las caras de las mujeres.

SEBAST. Las ha pintado guapísimas.

ANGUST. Y les ha dado una expresión...

TANCRE. Hay una rubia que materialmente le está guiñando un ojo al santo.

SEBAST. ¿Pues y la morena de la derecha?

TANCRE. ¿Cuál, esa que te gusta a tí?

SEBAST. Que me gusta como línea y como colorido, pero nunca como expresión de una idea religiosa: es demasiado mujer; viéndola, se le va a uno toda idea espiritual para acercarse a lo mundano.

TANCRE. Como que esa morena en pijama era un escándalo.

MARIO Por Dios, tengan ustedes en cuenta que se trata de una tentación, y cuanto más realidad dé más grande resulta el sacrificio del santo.

SEBAST. Aun así, me parece que está un poco recargada la nota sexual.

ANGUST. Recargadísima.

SEBAST. Ese San Antonio tiene demasiadas muje-

res; en cambio, si no recuerdo mal, al Santo Tomás de la derecha no le has puesto ninguna.

ANGUST. Le ha puesto una.

TANCRE. Eso ha estado bien: «Santo Tomás, una y no más.»

MARIO Precisamente para evitar esto me he decidido por hacer antes bocetos y que ustedes los aprobasen, y ayer les envié unos cuantos.

SEBAST. Sí, aquí están. *(Por los que habrá sobre la mesa.)* No hemos tenido tiempo de juzgarlos, porque un asunto más importante... *(Cogiéndolos y viéndolos.)* ¿Este es San Lorenzo, verdad?

MARIO San Lorenzo.

SEBAST. *(Dándoselo a Angustias.)* ¿Qué te parece?

ANGUST. Demasiado joven.

TANCRE. A ver. *(Cogiéndolo y viéndolo.)* Sí, sí, tenéis razón. Claro que se ha ajustado a la Historia Sagrada y lo están achicharrando; pero lo ha hecho tan joven, que resulta un pollo asado.

MARIO Si no es más que eso, le pintaré unas canas y unas arrugas...

SEBAST. No, si los santos están bien; lo que sucede es que les das una interpretación fantástica, a tu gusto... Por ejemplo, este San Juan *(Por otro boceto)*, ¿porque éste es un San Juan, verdad?

MARIO Sí, señor.

SEBAST. ¿Por qué le has puesto una antorcha en la mano? ¿Me quieres decir qué San Juan es éste?

TANCRE. Como no sea San Juan de Luz...

SEBAST. Por Dios, Tancredo, no le animes con tus chirigotas: eso le faltaba a él.

TANCRE. Sebastián, que no son chirigotas, que son ironías; que yo estoy tan indignado como tú.

ANGUST. A mí, de todo lo que lleva hecho, lo que más me ha disgustado es lo de la adoración del Niño. Esos tres reyes Magos, tan sucios, tan derrotados, cuando en todos los cuadros los pintan cubiertos con grandes túnicas de oro.

SEBAST. Como debe de ser: o son o no son reyes.

MARIO. Será así, pero no es lógico; hay que tener en cuenta que vienen de un viaje larguísimo, sufriendo las inclemencias del tiempo, durmiendo sobre el suelo. Lo lógico es que lleguen cubiertos de polvo, derrotados.

ANGUST. Sí, pero no tanto.

SEBAST. Están que da pena. *(A Tancredo.)* Figúrate que hay un rey con un siete.

TANCRE. *(Indignado.)* Eso es para plantarse, y que no pinte más.

SEBAST. En fin, dejemos esto y vamos a lo importante: no sé si sabrás que hoy debía haber llegado, y seguramente llegará mañana, Asunción, hija de tu tío Jesús.

ANGUST. ¡Que santa gloria goce!

MARIO Algo le he oído a María de la O y a Purificación.

SEBAST. Nuestra nieta viene a hacer vida común con nosotros. Y no sé si sabrás también que viene prometida de Pío Delgado, hijo de Tancredo, que más que amigo es como de la familia.

MARIO También he oído algo.

ANGUST. Pero lo que no habrás oído seguramente es que, viniendo tu prima, tú no puedes continuar aquí.

MARIO Eso quiere decir que me echan ustedes.

SEBAST. No, no es eso.

TANCRE. Parecido, pero no es.

SEBAST. Eso quiere decir que con la llegada de nuestra nieta, aquí ha de hacerse una vida aún más severa que la que se hace.

ANGUST. De más recogimiento.

SEBAST. No porque ella lo necesite, porque seguramente su educación...

MARIO Sí, sí, no me den ustedes más razones. Mi prima Asunción llega y yo estorbo y estorbo por mi modo de ser, porque tengo otro concepto de la vida que ustedes, porque creo...

ANGUST. No digas que crees, porque tú no crees en nada; tres meses llevas con nosotros y no has ido a la Catedral más que dos veces y una te vieron durmiendo.

TANCRE. Y la otra roncando.

MARIO Es que dentro hace una temperatura tan deliciosa, que sin querer...

SEBAST. Eso, hasta cierto punto es disculpable: yo mismo, la otra tarde, en la novena a San Roque, me quedé mucho más Roque que el santo.

ANGUST. ¡Sebastián, por Dios!

SEBAST. Qué quieres, hija, a tí también hay que estarte pellizcando a cada momento, porque cuando empiezas a dar cabezadas es que no sé cómo no te descoyuntas la cabeza.

TANCRE. Eso estaba arreglado con que antes de ir a la novena se tomasen un sello de esos que yo he inventado contra el sueño: ese sello que titulo «Centinela alerta». No hay manera de dormirse

SEBAST. Bueno, noto que nos hemos apartado del camino y hay que volverlo a tomar...

MARIO *(Levantándose.)* Ustedes, no; el que lo va a tomar, y en seguida, soy yo.

SEBAST. ¿Te marchas?

MARIO Hoy mismo; ahora mismo.

ANGUST. Ya puedes comprender que esta decisión nos causa un dolor...

MARIO ¡Enorme! Lo comprendo, pero tranquilícense ustedes, que no les guardo por la despedida el más pequeño rencor.

SEBAST. Gracias, hijo. Y modera tu vida en Madrid.

ANGUST. Aún estás en camino de salvarte.

TANCRE. Trabaje, trabaje mucho; usted puede ser un gran artista; sobre todo, dele a sus cuadros personalidad; que tenga un sello especial...

MARIO Haré lo posible.

TANCRE. Y si le hace falta mi opinión...

MARIO Sí, ya sé que usted en sellos...

TANCRE. La llave.

MARIO Pues si no desean más de mí, voy a ir preparando el modesto equipaje.

SEBAST. Nada, querido Mario.

MARIO Hasta dentro de poco que me despediré de ustedes.

ANGUST. Adiós. *(Mario hace mutis por la escalera del foro.)*

SEBAST. En el fondo, no es malo este sobrino nuestro, verdad, Angustias?

ANGUST. Malo, no, pero peligroso, sí.

TANCRE. Peligrosísimo.

SEBAST. Ahora, a esperar ese telegrama que calme nuestra impaciencia.

TANCRE. *(Levantándose.)* En cuanto venga, no dejéis de avisarme.

ANGUST. No faltaba más.

SEBAST. ¿Te marchas?

TANCRE. Sí, voy a encerrarme en el laboratorio, que tengo ahora entre manos un nuevo específico...

SEBAST. ¡Hola!... ¿De qué se trata?

TANCRE. Del cereal como sistema nutrivo del niño.

ANGUST. Eso ya es cosa sabida.

TANCRE. Sí, pero es que yo trato de demostrar que además prolonga la vida del hombre, y si no, ahí tienen ustedes a mi suegro, que desde pequeño se alimentó con centeno y es centenario. *(En este momento se oyen por la izquierda el ruido de una bocina de*

automóvil, y momentos después entra María de la O toda agitada.)

MARIA ¡Ay, señora! ¡Ay, señora! ¡Ay!

SEBAST. ¿Qué es lo que hay?

ANGUST. ¿Qué pasa?

MARIA ¡Que está ahí! ¡Que ha llegado!

TANCRE. ¿Pero quién?

MARIA La señorita Asunción.

SEBAST. ¡Mi nieta!

ANGUST. ¿Pero cómo sabes?...

MARIA Porque me ha preguntado por sus abuelos... Viene en un automóvil muy grande que lo guía ella misma y la acompaña un negro.

TANCRE. *(Con una gran alegría.)* ¡Un negro! ¿Estás segura que es un negro?

MARIA Segurísima.

TANCRE. ¡El cielo me lo envía!

ANGUST. Qué sorpresa. *(Llamando.)* Purificación, Purificación.

PURIFIC. ¿Qué pasa?

ANGUST. ¡Que está aquí! ¡Que ha llegado!

PURIFIC. ¿La señorita? ¿Pero es posible?

MARIA Aquí viene. *(Por la izquierda aparece Chon, que viste un traje de sport con falda muy corta; va cubierta con un guardapolvo y lleva gafas de automovilista. Le sigue Domingo, negro que saca dos maletas. Chon saca un cabás relativamente grande.)*

CHON *(Desde la puerta.)* ¡Abuelos!

ANGUST. *(Extendiéndole los brazos.)* ¡Hija de mi alma!

CHON *(Corriendo a abrazarla.)* ¡Ay, mi abuela! *(Tira el cabás, que le cae en un pie a don Tancredo.)*

TANCRE. ¡Ay, mi madre!

CHON *(Soltándose de los brazos de Angustias y corriendo a los de Sebastián.)* ¡Abuelo!

SEBAST. *(Emocionado.)* ¡Sangre de mi sangre! Carne de mis carnes.

TANCRE. *(Aparte.)* Este se va a arrancar por seguidillas. *(Domingo empieza a hacer pucheros.)* ¿Qué le pasa al negro?

CHON Que se ha emocionado. ¡Me quiere tanto el pobrecillo!

DOMINGO ¡Ay, mi amita! *(Al decir esta frase suelta las dos maletas y se lleva las manos a los ojos. Una de las maletas le cae sobre el otro pie a don Tancredo.)*

TANCRE. Me están apisonando.

CHON No llores, Domingo, y trae el baúl grande.

TANCRE. *(Aterrado.)* ¿El baúl grande? Yo me voy.

ANGUST. *(A María.)* Acompáñale tú.

DOMINGO Ahora mismito. *(Hace mutis izquierda con María.)*

CHON *(A Angustias, que está afectadísima.)* ¿Pero qué te pasa, abuelita?

ANGUST. Nada: la sorpresa... la emoción.

SEBAST. Y como es un poco miocardítica...

ANGUST. Nosotros esperábamos que vinieses en el tren.

CHON ¿En el tren? ¿Viajar yo en ferrocarril? Así ya no viaja más que la gente rancia: el «auto» es el medio de locomoción racional, por lo menos hasta que la aviación esté más perfeccionada.

SEBAST. ¿Pero lo guías tú?

CHON Yo.

ANGUST. ¡El dulcísimo nombre del Señor!

SEBAST. No te alarmes, porque habrá venido a una velocidad moderada.

CHON Una media de sesenta y cinco; no es mucho correr.

SEBAST. ¡Diantre! ¿Habréis matado gallinas y perros?...

CHON No, abuelito; a esa media sólo hemos matado unas cuantas lagartijas.

TANCRE. Vamos, ha sido una media lagartijera.

CHON *(Riendo.)* ¿Quién es este señor tan gracioso?

SEBAST. Es verdad... me había olvidado...

ANGUST. Con la emoción de tu llegada...

SEBAST. Este señor es mi fraternal amigo el ilustre farmacéutico de esta localidad, don Tancredo Delgado.

TANCRE. *(Doblándose.)* Y desde hoy, además de farmacéutico, un admirador de sus encantos.

CHON Muy amable.

ANGUST. Su ciencia y su escrúpulo profesional le han hecho el preferido de los doctores salmantinos, y los productos químicos de su invención han enriquecido la farmacopea española y recorren el mundo entero.

CHON ¿Algún específico inventado por usted?

TANCRE. ¡Multitud de ellos, señorita!

SEBAST. Algunos, de tanto éxito como la hila instantánea para el dolor de muelas.

CHON ¿Lo calma?

TANCRE. Lo suprime en absoluto. Este producto, que lleva mi apellido, ha recorrido España entera. En todas las farmacias lo verá usted anunciado: «Hila Delgado».

SEBAST. Y no hablemos de tu sello antiespasmódico.

PURIFIC. Ni de ese, y los señores perdonen, para quitar los dolores de cabeza.

CHON Por lo que oigo ha inventado usted muchos sellos.

TANCRE. ¡Una enormidad! Yo me he especializado en la farmacopea postal hasta el punto de que algunos forasteros han confundido mi laboratorio con el estanco.

CHON *(Riendo.)* Tiene gracia.

SEBAST. Lo más simpático de Tancredo es que los precios de sus específicos son muy moderados; todos los sellos los ha puesto a quince céntimos.

TANCRE. Como son para el interior.
CHON ¡Admirable!
SEBAST. Trabaja mucho, pero con resultado.
ANGUST. Para él es el mundo. *(Diciendo esta frase entra Domingo con el baúl, seguido de María de la O.)*
TANCRE. *(Huyendo de Domingo.)* Eso sí que no.
DOMINGO ¿Dónde lo pongo, amita?
SEBAST. Purificación, acompaña al negro a la habitación de nuestra nieta.
PURIFIC. ¿Quién? ¡Yo! De ninguna manera.
ANGUST. ¿Por qué?
PURIFIC. El pasillo de arriba está muy oscuro y yo no me atrevo...
CHON *(Riendo.)* Vamos, mujer, no tengas miedo. Domingo es un muchacho moderno y no tiene nada de antropófago.
PURIFIC. Dicen que a los negros los hizo el demonio.
CHON No, mujer; a los negros también los ha hecho Dios.
PURIFIC. No diga usted eso, señorita; Dios no puede haber hecho una cosa tan negra, y por mi parte, si pudiera cogía a todos los negros que hay en el mundo y los tiraba a la basura.
TANCRE. Pues yo, sin tirarle, le voy a hacer blanco *(A Chón.)*, si usted me lo permite.
TODOS *(Asombrados.)* ¡Eh!
CHON ¿Que va usted a hacer blanco a Domingo?
TANCRE. ¿Le asombra, verdad? Pues así es: a ver; deja un momento el baúl. *(Domingo lo hace.)* Acércate... *(Se acerca y lo examina.)* ¡Maravilloso ejemplar! ¿Tú has sido hijo único?
DOMINGO No, señor; hemos sido catorce hermanos.
TANCRE. ¡Catorce negros! ¡Caray, qué racha!
SEBAST. Y dices que vas a cambiarle...
TANCRE. De negro en blanco, no lo duden: es un invento que hace algún tiempo es mi sueño dorado. Se trata de un poderoso reac-

tivo que si me lo permite Asunción, voy a ensayar en esta barra de Suchard, y si, como espero, logro el éxito, le deberé a usted la mitad de mi vida.

CHON Puede usted hacer lo que guste, pero sin estropearme al grom.

TANCRE. Agradecidísimo. *(A Domingo.)* Ya lo oyes, tu amita ordena que te pongas a mi disposición.

DOMINGO Está bien. *(Aparte.)* ¿Qué me irá a hacer este señó?

SEBAST. *(A Purificación.)* Anda, acompáñale; yo te lo mando.

PURIFIC. Porque el señor lo ordena, pero... *(A Domingo.)* Ven por aquí y no te acerques mucho..., no vayas a desteñir.

DOMINGO *(Siguiéndola con el baúl.)* Tié gracia la cincuentona.

ANGUST. *(A Chón.)* Hay que perdonarla; se trata de una mujer que lleva cuarenta años a nuestro servicio.

SEBAST. Vió nacer a tu padre.

ANGUST. Y tú, María de la O, ya puedes irte a tus quehaceres.

MARIA *(Con cortedad.)* Es que...

ANGUST. ¿Qué?

MARIA Quería preguntarle a la señorita... Si los amos me lo consienten...

CHON Pregunta lo que quieras, mujer; los amos te lo consienten.

MARIA Pues que... cuándo quiere la señorita que le traiga mi chico pa que lo vea...

CHON ¿Ah, pero tú eres casada?

MARIA Casada, pero el marido se me fué a América...

CHON ¿Y tienes un niño?

MARIA Sí, señorita.

TANCRE. Tiene un niño chiquitín que se llama Nicolás.

CHON — Bueno, mujer, pues cuando quieras me lo traes: ahora o luego, mejor luego.

SEBAST. — Luego, sí, y ahora retírate.

MARIA — Es que...

ANGUST. — ¿Hay más?...

MARIA — El señorito Pío, que está ahí en el recibimiento.

TANCRE. — ¿Mi hijo?

MARIA — Se ha enterado de la llegada de la señorita y me ha encargado que le dijese a usted si debía o no presentarse.

CHON — ¡Ah! ¿Ese Pío es el?...

ANGUST. — El hijo de Tancredo.

SEBAST. — Y tu futuro esposo.

CHON — Sí, sí; ya recuerdo que recibí su retrato...

TANCRE. — Y que usted le correspondió enviándole el suyo.

CHON — *(Con frivolidad.)* ¿Yo? No recuerdo... Bueno, ¿y qué hace ahí fuera?

TANCRE. — Pues que es tan tímido, y tan bien educado, que sin mi permiso...

ANGUST. — No te creas que es uno de esos pollos de ahora; éste está educado a la antigua, que es la verdadera educación.

CHON — Bueno, pues que pase.

SEBAST. — Anda, Tancredo, llama al pollo.

TANCRE. — *(Acercándose a la izquierda.)* Pío, Pío, Pío, Pío. *(Por la izquierda aparece Pío, algo nervioso ;trae el ramo de campanillas en la mano.)*

PIO — *(Apareciendo.)* ¿Hay?... ¿Hay?... ¿Hay?...

TANCRE. — ¡Ay, que empieza a tartamudear!

PIO — ¿Hay permiso?

SEBAST. — Pasa, hombre, pasa.

PIO — *(Adelantando.)* Con la bebe... con la bebe... bebenevolencia de ustedes... ¿Usted, señorita, buena?

CHON — Buena.

PIO — Bueno; ¿usted también, don Sebastián?

SEBAST. — Bueno.

PIO Bueno.

TANCRE. *(Aparte.)* Bueno, le voy a dar un puntapié, que le voy a mandar a la botica.

PIO ¿Y usted, doña Angustias, tan miocardítica como siempre? *(Muy alegre.)* Esto es una felicidad. *(Chon, que ha estado conteniéndose, rompe a reir.)*

PIO *(Aparte a Tancredo.)* ¿De qué se ríe, padre?

TANCRE. De tí..., y yo también me reiría de tí si no te hubiese dado el ser... el ser estúpido.

PIO Padre, yo...

TANCRE. Tú has hecho una entrada de tozudo de la hilaridad como para agotar las localidades.

PIO Padre, es que estoy cortao.

TANCRE. Estás cortao por el mismo patrón que Pompof y Tedy.

ANGUST. *(A Chón, que sigue riendo.)* Bueno, basta, Asunción.

CHON. Perdonadme, abuelitos; y ustedes también, perdónenme; pero es que yo tengo un carácter tan alegre, tan jovial...

SEBAST. Aunque casi no hay necesidad, haré las presentaciones... Pío Delgado, hijo de Tancredo. *(Pío hace una reverencia exagerada y cómica.)*

TANCRE. *(Aparte a Pío.)* Anda tú ahora...

PIO ¿La declaración, verdad?

TANCRE. Sí, pero sin tartamudear, sin cortarte... ¿Supongo que no se te habrá olvidado?

PIO No, señor; ahora verá usted. *(Avanzando un poco más.)* Asunción, hasta el día que ví su retrato no había sentido nada.

TANCRE. *(Satisfecho.)* Bien.

PIO Pero ahora, después de ver la imagen viva, ya voy sintiendo... ya voy sintiendo...

TANCRE. *(Aparte y contrariado.)* Ya voy sintiendo que sea hijo mío.

PIO (*Aparte.*) ¡Ay!, padre, que ya no me acuerdo...

TANCRE. (*Idem.*) Maldita sea. Bueno, salta a lo del ramo.

PIO ¿A lo del ramo? Voy... (*Avanzando y dándole el ramo.*) Asunción, si usted fuese tan amable que aceptase esta modesta ofrenda...

CHON (*Cogiéndola.*) ¡Muy caprichosa! Me gusta. ¿Son campanillas, verdad?

PIO Campanillas; y quiera Dios que esas campanillas, que son testimonio de un amor puro, quiera Dios, repito, que esas campanillas toquen en su corazón, que es una máquina... que es una máquina... (*Aparte a Tancredo.*) ¿Qué sigue a la máquina?

TANCRE. (*Indignado.*) ¡Los vagones!

PIO Quiera Dios, repito...

CHON Bueno, bueno, no se canse; yo ya aprecio en lo que vale la atención y lo agradezco.

TANCRE. Discúlpenlo ustedes: Pío es muy nervioso y una oración que ayer se sabía de corrido hoy no la recuerda por su estado de espíritu...

PIO No, padre, si ahora verá usted... (*Dirigiéndose a Asunción.*) Quiera Dios, repito...

TANCRE. O te callas o te tapono.

CHON Sí, sí. No se preocupe usted, simpático Pío, ya le he dicho que le agradezco el ramo como igualmente esa turbación de espíritu que le he producido, y ya... ya hablaremos...

ANGUST. Sí, porque tú necesitarás descansar.

CHON No lo creas, abuela, a mí estos viajes no me cansan, estoy acostumbrada.

SEBAST. Pues tomar algo.

ANGUST. Un chocolatito con bizcochos.

CHON No, nada de comer... Yo, lo que tomaría... (*Acomodándose mejor en el asiento y cru-*

zando una pierna sobre otra que se vea hasta la rodilla.)

TANCRE. *(Aparte a Pío.)* Fíjate en sus palabras para satisfacer sus menores deseos...

CHON *(Decidiéndose.)* Eso sí: Tomaré un pernóo.

PIO *(Aparte a Tancredo.)* ¿Qué es lo que ha pedido?

TANCRE. No sé, pero me parece que lo que ha pedido lo está enseñando.

CHON Pero con soda.

SEBAST. Ordénale a María de la O que le traiga lo que ha pedido y que traiga agua de seltz, porque en casa no la hay .

PIO ¡Nunca!

SEBAST. ANGUST. ¡Eh!

PIO Que no la traigan.

TANCRE. Dice bien mi hijo; el seltz que se expende por ahí es, francamente, detestable; en cambio, el que hacemos nosotros está depuradísimo.

PIO Tiene parte de oxígeno, parte de nitrógeno, parte de ozono...

TANCRE. Parte veloz y tráete un par de sifones.

PIO Volando. *(A Tancredo, con alegría.)* ¡Qué guapa es, padre!

TANCRE. ¿Te gusta?

PIO Es un sol; lo que se dice un sol.

TANCRE. Pues procura no se te escape.

PIO Descuide usted, que no se me escapa: ¡Qué se me va a escapar! *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

ANGUST. Bueno, si quieres conocer tus habitaciones, arréglarte...

CHON Lo que quiero es que me preparen el baño y la ducha.

SEBAST. ¿El baño y la ducha?

CHON Sí, porque supongo que esta mansión solariega, tendrá baño con ducha...

ANGUST. No, pues no lo tiéne.

CHON ¿Que no? ¿Es posible? ¿Entonces vosotros?

SEBAST. Hay una tina de zinc que llenamos con agua del pozo cuando...

CHON Vamos, sí; el cuarto de baño de la edad de piedra.

TANCRE. Yo no me atrevo a ofrecerle a usted mi casa...

CHON No faltaba más.

TANCRE. Digo que no me atrevo porque lo que hay también es una tina.

CHON ¡Oh, qué horror! Hemos de cambiar todo esto, abuelitos.

ANGUST. ¿Cambiar?

CHON Hasta el decorado: esta habitación está adornada magníficamente, pero anticuadísima. Yo quiero hacer de esta casa mi casa.

CHON Esos retratos de familia ya no se llevan.

SEBAST. Son tus antepasados. Ese es tu tatarabuelo, aquél tu bisabuelo; éste, tu tío, ahora que éste lo ha revocado Mario y lo ha desfigurado por completo.

CHON ¿Mario? Algún pintor que se dedica a restaurar lienzos antiguos?

ANGUST. No está mal pintor.

SEBAST. Es un pariente tuyo, un primo en segundo grado, al que no conoces.

CHON ¿Y es artista?

TANCRE. A ratos: Cuando le da por pintar esas extravagancias modernistas, más valía que se dedicase a blanquear fachadas.

SEBAST. A tu abuela la quiso hacer un retrato, y al oir que me pedía un mantón de Manila y una guitarra, desistimos de él.

ANGUST. ¡Figúrate! ¡Yo con mantón de Manila y guitarra!

CHON *(Riendo.)* No estarías mal.

ANGUST. *(Aterrada.)* ¡Calla! ¡Calla!

SEBAST. El caso es, que para ver si hallaba mane-

ra de que sentase la cabeza, le hicimos venir de Madrid con el pretexto de que nos restaurase la capilla...

ANGUST. Y por poco nos la convierte en un cabaret.

CHON ¿Es posible?

SEBAST. Ahí tienes algunos bocetos: a ver si pueden tolerarse.

CHON *(Examinándolos.)* Pues a mí no me parecen mal del todo, hay cierta valentía en el colorido, cierta originalidad en la forma...

SEBAST. ¿Originalidad? ¿Tú llamas originalidad a pintar a San Mateo a bordo de un buque haciendo una travesía? ¿Qué texto sagrado, o qué libro hay que hable de la travesía de San Mateo?

TANCRE. Como no sea el zaragozano...

CHON Eso no es un defecto: no siempre se han de pintar a los santos lo mismo; hay que buscarles algo nuevo.

ANGUST. Pues si es así, veo que pinta a San Urbano de guardia de la porra.

CHON *(Riendo más, exaltándose.)* ¡Tendría gracia!

ANGUST. Bueno, bueno; me parece que tú también vienes contagiada de ese modernismo... Ven, te llevaremos a tus habitaciones...

CHON Sí, pero no olvidarse del baño.

ANGUST. Descuida, que te lo prepararán en seguida.

CHON Estoy deseando refrescarme, ponerme el pijama, fumarme un egipcio...

ANGUST. ¡Qué dices! ¿Fumar tú?

CHON Sí, abuelita; egipcios; los fuman todas las muchachas.

ANGUST. *(Entrando con ella por la primera derecha.)* ¡El Dulcísimo Nombre del Señor!

SEBAST. *(Al quedarse solo con Tancredo, le dice admirado.)* ¿Has oído, Tancredo?

TANCRE. Sí, Sebastián; he oído y me he quedado pétreo.

SEBAST. ¡Fuma egipcios! ¿Qué te parece que hagamos?

TANCRE. Obligarla a que no fume esa porquería y hacer que pruebe mis Susinis balsámicos-pectorales a base de creosota y esencia de pino.

SEBAST. Me parece que nos hemos equivocado; esta criatura no ha sido educada como nos creíamos y va a ser una complicación.

TANCRE. De ninguna manera; se la modifica; se la ahorma a nuestros gustos...

SEBAST. ¿Tú crees?...

TANCRE. De un lado, nuestro cariño y autoridad, y de otro el amor de mi Pío, harán el milagro, no te quepa duda.

SEBAST. Sí, sí; puede que tengas razón.

TANCRE. No lo dudes. Bueno, te dejo. que voy al laboratorio a preparar la pomada que ha de hacer de ese Domingo negro y luctuoso un Domingo blanco y alegre.

SEBAST. ¿Pero estás seguro?...

TANCRE. Segurísimo: mi reactivo no puede fallar. ¡Ya verás! ¡Ya verás qué asombro cuando le veas poco a poco perder ese color oscuro... un día la nariz... otro día un pómulo, otro el otro... en fin, hasta el pelo se le va desrizando poco a poco y se le queda de lo más lacio... Me voy, porque quiero empezar esta misma tarde los ensayos. Adiós, Sebastián.

SEBAST. Adiós, Tancredo. *(Tancredo hace mutis por la izquierda.)* Vamos a ver si se le ha ocurrido alguna otra locura a la nieta. *(Mutis por la otra. Por la escalera del foro baja Mario con un cabás de mano y seguido de Purificación, que lleva una maleta no muy grande; al llegar al centro de la escena, Purificación le dice:)*

PURIFIC. ¿De modo que se nos va usted, señorito Mario?

MARIO — Sí, Purificación, sí; me voy para no turbar la tranquilidad de esta santa mansión; yo aquí soy un peligro... y después de todo no creas que lo siento mucho; este ambiente de austeridad y mogigatería en que vivís no es para mí; me ahoga.

PURIFIC. — Usted está influído por el demonio, señorito Mario.

MARIO — No pretendo tanto; pero si algún día lograse tener influencia con ese caballero, yo haría por que tú entrases en la docta congregación de las señoras de escoba para que salieses los sábados por la chimenea...

PURIFIC. — *(Persignándose.)* ¡Jesús, mil veces Jesús!

MARIO — *(Riendo.)* Tendrías que asistir a los aquelarres, y se te pondría la nariz en forma de pico de ave de rapiña...

PURIFIC. — *(Persignándose más todavía).* ¡Ay, la Santísima Virgen sea conmigo!... No, que yo no puedo oir esto... *(Haciendo mutis por la derecha.)* Que no lo oigo...

MARIO — *(Riendo.)* ¡Pobre vieja! *(Acercándose a la mesita del centro.)* Recogeré mis malaventurados bocetos; estos bocetos tan mal acogidos por mis venerables tíos, que siguen creyendo con el poeta que «cualquiera tiempo pasado fué mejor». *(Por la derecha, y ataviada con un pixama coquetón y sencillo, sale Chon.)*

CHON — *(Al entrar y advertir la presencia de Mario, no puede reprimir un grito de sorpresa.)* ¡Ah!

MARIO — *(Volviendo la cabeza y sorprendido también.)* ¡Eh!

CHON — Usted perdone, pero... ¿es usted tal vez amigo de la casa, de doña Angustias, de don Sebastián?...

MARIO — Y usted es tal vez un sueño, o una alucinación, porque aquí, en esta casa y en ese traje...

CHON Yo soy la nieta de los dueños.

MARIO ¿La nieta? Luego tú, digo usted es mi prima, mi prima Asunción; la que debía llegar esta mañana en el tren.

CHON Y que he llegado hace poco en mi automóvil. *(Pausa, durante la cual lo mira detenidamente.)* ¿De modo que tú, digo usted, es mi primo?

MARIO Sí; primo, segundo o tercero, pero primo.

CHON Un primo lejano.

MARIO Dentro de poco, de lo más lejano, porque quizá no nos volvamos a ver.

CHON ¿Se va?

MARIO Me voy; es decir, no sé si es que me voy o si es que me echan; lo cierto es que me marcho. Los tíos me han hablado de no sé qué peligro si continúo en esta casa...

CHON Peligro, ¿por qué?

MARIO Por la llegada de usted.

CHON *(Riendo.)* ¿Por mí? Pobres abuelitos, no viven en este siglo.

MARIO Ni en éste ni en el otro.

CHON ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Conque peligro?... Anda, siéntate... ¿Te parece que nos tuteemos, siendo primos?...

MARIO Por mí, encantado...

CHON Pues siéntate y ahí va un cigarrillo.

MARIO ¿Pero tú fumas?

CHON ¡Pues claro que fumo! ¿Te choca?

MARIO ¡A mí, no! Al contrario. Pero que fumes aquí, no es que me choca, es que me espanta. Tú, claro, no conoces a los abuelos; unas bellísimas personas, pero que, como acabas de decir, no viven en este siglo; esta casa es algo así como un convento, y si has de convivir con ellos pacíficamente, tendrás que dejar de fumar para amoldarte a sus costumbres.

CHON *(Encendiendo.)* O tendrán que fumar ellos para amoldarse a las mías.

MARIO ¡Variar ellos su modo de vivir! Es cosa de risa. *(Riendo.)*

CHON Ríete, ríete, pero yo vengo, y esto sí que te va a asombrar, a hacer a mis abuelos el espléndido regalo de mi experiencia.

MARIO ¿De tu experiencia con veintitrés años?

CHON Mira, primo, si tuviese más confianza contigo, te diría que eres un idiota.

MARIO Pues no sabes lo que celebro que no hayamos intimado.

CHON De mi experiencia, sí, ¿o qué supones, que la mujer, para saber algo de la vida, necesita ser un loro? Desde muy niña ayudé a mi padre en sus negocios; fuí, como él me llamaba, su brazo derecho, y al morir él no sabes lo que he tenido que luchar para que la fortuna que dejó no se quedase en manos de administradores y curiales. Pero en fin, no es éste el momento más propicio para que yo te diserte acerca de la lucha con la vida; lo que sí te digo es que mis abuelos serán muy buenos, buenísimos; pero sus costumbres pueden pasar a un museo arqueológico. Aquí llenan el baño a cubos y no riegan sus tierras más que cuando llueve, desperdiciando el caudal de agua que tiene la finca.

MARIO ¿Y tú vienes como ingeniero?

CHON ¿Ves?... Ahora, que ya parece que tenemos más intimidad, si te digo que eres un imbécil...

MARIO Y yo correspondo a tu galantería diciendo que eres encantadora.

CHON Eso me dice todo el mundo.

MARIO Y yo, que llevo la contraria a toda la humanidad, en ese punto estoy conforme con ella.

CHON Pues gracias en nombre de la humanidad, y correspondo a la lisonja diciéndote que me he alegrado mucho conocerte.

MARIO ¿Pues y yo? Porque yo no sé la idea que de mí tendrás, pero la que tenía de tí...

CHON *(Con curiosidad y alegría.)* ¡A ver, a ver, dímela!

MARIO Antes, conste que si tenía esa idea era por culpa de los tíos.

CHON Sí, sí, adivino; te figurabas una jovencita ñoña... mojigata...

MARIO De esas que no sienten más deseos que estar en las Carmelitas o en las Descalzas.

CHON *(Riendo.)* ¿Yo monja?

MARIO Así te creía y me iba encantado.

CHON ¿Y ahora?

MARIO Ahora... Ahora también me voy; se me arroja de esta señorial mansión por culpa de unos bocetos que, resucita don Diego de Velázquez, los ve y me besa.

CHON No tanto.

MARIO ¡Ah!; pero ¿acaso los conoces?

CHON Y no me parecen mal. Tú tienes temperamento y con una buena mano que te sujete ciertos extravíos, llegarás. Lo que a los abuelos les ha parecido un sacrilegio, a mí tan sólo me ha parecido un atrevimiento propio de un artista; y esta valentía es la necesaria para luchar y vencer.

MARIO Gracias, Asunción.

CHON Chon, llámame Chon; es más corto y más íntimo, ¿no te parece?

MARIO Me parece, Chon, que ahora es cuando empiezo a conocerte, y puedes creer que siento marcharme, porque te haría con mucho gusto un retrato conduciendo un aeroplano.

CHON *(Riendo.)* Pero si yo no he volado nunca.

MARIO Pero lo mereces; al arte le está permitido fantasear en gracia a la estilización de la idea.

CHON Ya me voy explicando que en el cuadro

de la cena de los apóstoles hayas querido meter un jaz-band.

MARIO Natural, señor; para que lo tocara uno de los tres reyes Magos.

CHON ¿Uno de los tres reyes? ¿Cuál?

MARIO El negro. ¿Estoy o no estoy?

CHON *(Levantándose.)* Estás para que te encierren; pero para que te encierren aquí. No te vayas; me eres muy simpático.

MARIO ¿Que no me vaya? ¿Y qué dirá el ilustrísimo señor don Sebastián Galán y Ruiz de las Almenas, tu severísimo abuelo, si me ve en esta casa después de lo convenido.

CHON De lo que pueda decir, no te preocupes, que yo me encargo de arreglarlo.

PURIFIC. *(Saliendo por la derecha con una bandeja, una copa y una botella.)* Aquí tiene la señorita el piernó ese.

ANGUST. *(Que ha salido casi al mismo tiempo.)* Pío no debe tardar con el sifón.

PURIFIC. *(Dejándolo y haciendo mutis.)* Voy a la cocina, porque en un momento que me he descuidado se me ha comido media fuente de natillas el negro; ¿debe ser muy goloso, verdad?

CHON Sí, un poco. *(Mutis de Purificación.)*

TANCRE. *(Entrando por la izquierda.)* Aquí me tenéis otra vez; ya está en marcha la pomada; esta misma tarde podré empezar el tratamiento... si usted no retira su ofrecimiento.

CHON De ninguna manera; y ahora le volveré a ordenar nuevamente que se someta a todo lo que usted quiera.

TANCRE. Un capitoné de gracias.

SEBAST. *(Sale por la derecha.)* Ya te están preparando el baño... *(Al ver a Mario.)* ¡Eh! ¿qué haces tú aquí?

MARIO *(Algo cortado.)* Pues... estaba...

CHON — Se estaba despidiendo de mí, abuelito.

MARIO — Eso; despidiéndome de la prima.

SEBAST. — Siendo así... si el retraso en marcharte se debe a una regla de urbanidad, pase, ¿verdad, Tancredo?

TANCRE. — *(Bajo a Sebastián.)* (Pero que pase en seguida.)

CHON — El caso es que yo... adivinando vuestros deseos, le he dicho que por qué se va a marchar tan precipitadamente...

ANGUST. — Mal dicho.

TANCRE. — *(Aparte a Sebastián.)* Este pintorzuelo nos chafa nuestro plan.

SEBAST. — Mario tiene necesidad imperiosa de irse, porque le reclaman en Madrid trabajos urgentes, ¿verdad?

MARIO — Urgentísimos; creo que me van a encargar unos panós modernistas en un cabaret que empezarán a construir el año que viene en la Gran Vía.

SEBAST. — Ya lo oyes, tiene que irse.

CHON — Sí; pero de aquí a que empiezen a construirlo, puede estarse con nosotros.

ANGUST. — *(Aparte a Sebastián y a Tancredo.)* Malo, malo.

CHON — Además, que él lo hace con mucho gusto, ¿verdad?

MARIO — Cómo no, siendo gusto tuyo.

TANCRE. — *(Aparte a Sebastián.)* ¡Que nos lo chafa, Sebastián, que nos lo chafa!

CHON — Me estaba diciendo que nada como esta ciudad para un artista.

MARIO — Nada como Salamanca, tíos; tan histórica, tan aburrida... digo, tan típica...

CHON — Y que este clima te sienta admirablemente.

MARIO — ¡Pero admirablemente! He engordado dos kilos seiscientos gramos.

CHON — Y en vista de eso, yo le he suplicado que se quede unos días, no muchos.

SEBAST. — Ah, vamos...

TANCRE. Respiro...
CHON Treinta o cuarenta.
ANGUST. *(Asombrada.)* ¿Treinta o cuarenta?
TANCRE. *(Indignado.)* ¡Esto es un juego!
CHON *(A Mario.)* Con que ya lo ves. No te puedes negar, le darías a los tíos un disgusto enorme, ¿verdad que sí, abuelitos?
SEBAST. Te diré...
CHON *(Sin dejarle acabar.)* No, no, si no tienes que dar más razones, ni suplicar más; lo has mandado y se acabó; te obedece, pues no faltaba más; nada, nada, señor artista, usted se queda aquí hasta que mis abuelitos o yo dispongamos que se marche. *(Se quedan hablando.)*
SEBAST. *(A Angustias.)* ¿Pero oyes esto?
ANGUST. Lo oigo... y me parece que voy a necesitar un sello de urgencia. *(Por la izquierda entra Pío con dos sifones.)*
PIO ¿Se puede?
TANCRE. Pasa, pasa.
PIO Aquí vengo con el mejor Seltz del mundo.
TANCRE. ¿Conque del mundo? Mira. *(Le señala el grupo de Mario y Chon.)*
PIO ¿Qué pasa?
TANCRE. Que el pintor, a petición de su prometida, se queda aquí...
PIO ¿Que se queda?
TANCRE. Y además, fíjate, percátate... y espelúznate.
CHON *(A Mario.)* Y puesto que te quedas, vas a empezar en seguida mi retrato... Ven conmigo; discutiremos cómo ha de ser.
MARIO Una cosa fuerte, valiente...
CHON *(Haciendo mutis por la escalera.)* Como quieras; pero no olvides que soy mujer.
TANCRE. ¡Arrea!
PIO Aprieta. *(Aprieta un poco y se le van los sifones.)*
TANCRE. No, tú no aprietes.

SEBAST. A esto hay que poner remedio en seguida.
ANGUST. Mejor hoy que mañana.
PIO ¡Ay, padre, qué razón tenía usted! ¡Se me escapa! ¡Se me escapa!
TANCRE. ¿Qué dices?
PIO *(Apretando los puños y dejando salir el líquido.)* ¡Que se me va el sol!
TANCRE. *(Indignado.)* Lo que se te va es el Seltz.

TELON

Acto segundo

La misma decoración del acto anterior; pero en la colocación de los muebles y de los cuadros se observan detalles de gusto más refinado. Algunos de los cuadros han sido reemplazados por otros. En vez del que representaba la figura de San Sebastián mártir, habrá otro con la vista panorámica de Santander. En general, se echan de ver algunos detalles que denotan la dirección de una persona de buen gusto y espíritu moderno.

(Al levantarse el telón, Angustias y Tancredo están sentados; Purificación, de pie, al lado de Angustias. Sebastián se pasea de un extremo a otro de la escena nervioso y preocupado.)

SEBAST. *(Enérgico.)* No, no y no. Tenéis muchísima razón; y yo, yo mismo, soy el primer convencido de que esto no puede seguir así ni un día más.

TANCRE. Ni un día más, Sebastián.

ANGUST. Es necesario que adoptemos una determinación enérgica.

PURIFIC. Desde que llegó la señorita, esta casa no parece la misma; con esa manía de cambiarlo todo, de hacer de esta casa, como ella dice, la suya.

ANGUST. Además, que todo lo echa a broma. La otra mañana, porque me permití indicarle que eso de que la mayor parte del día

se la pasase en pijama, no nos gustaba mucho, rompió a reir y me dijo que acabaremos usándolo nosotros.

SEBAST. ¡Eso, nunca!

ANGUST. ¡Yo con pijama!

TANCRE. Estarías para un pim pam pum.

SEBAST. Y cuenta con que la primera docena de pelotas no te las tiraba nadie más que yo.

ANGUST. Puedes estar tranquilo.

PURIFIC. Pues ustedes dirán lo que quieran, pero aquí no se hace más que lo que manda la niña; por lo pronto, nos ha llenao la finca de obreros pa arreglar eso del agua que ella dice.

SEBAST. Ah, sí, se le ha ocurrido canalizar el agua de la alberca y utilizarla para riego y para el servicio de la casa.

ANGUST. ¡Un trastorno terrible!

PURIFIC. Y ella misma lo dirige y lo dispone todo.

SEBAST. *(A Tancredo.)* Bueno, ¿y a tí qué te pasa que no te noto tan expansivo ni tan cordial como otros días?

TANCRE. Pues me pasa que estoy hondamente preocupado.

SEBAST. ¿Tú?

TANCRE. Sí, yo, Sebastián; yo, que abrigo el temor de que la nieta nos va a volver locos a todos. Todo en ella rebasa los límites de lo natural. Se llama Asunción y quiere que la llamemos Chon. ¿Por qué, digo yo? ¿Es que existe Santa Chon? Y si existió, la han borrado ya: Santa Chon.

PUDIFIC. Tiene mucha razón el señor boticario.

TANCRE. Vosotros le dais más importancia a lo exterior que a lo interior; por ejemplo *(A Sebastián.)*, a tí te ha causado porfunda indignación que de esta habitación haya quitado el cromolitográfico de tu santo, el adorable mártir, y en su lugar haya puesto una vista panorámica de Santander.

SEBAST. ¿Y no es para indignarse?

TANCRE. Te diré: quitar a San Sebastián para poner a Santander, no me parece lógico, pero no es para que te apene; aquí, lo verdaderamente importante es que las extravagancias de esa niña empiezan a trastornar vidas y a tergiversar caracteres, y ya comprenderéis que con esto quiero referirme a mi Pío, que actualmente vive en plena eutrapelia.

ANGUST. ¿Es posible?

TANCRE. Mi Pío ya no es mi Pío; es un pollo Citroen.

SEBAST. ¿Cómo?

TANCRE. Un pollo a la moda. No tenéis idea qué lenguaje usa; para él, vuestra nieta está jamón; la botica, es bestial, y a cada momento me dice que no quiere seguir viviendo en plan ostra...

ANGUST. ¿Y tú se lo consientes?

TANCRE. Yo, Angustias, he clavado los prismáticos en la felicidad de mi hijo, y no reparo en nada. Mi Pío ha sido mi Pío y éste no es un juego de palabras, sino un grito del alma.

SEBAST. Siempre has sido un padrazo.

TANCRE. He sido un padrazo y ahora soy un padre bien. Pues bien; en mi deseo de que el chico se adapte a las costumbres de vuestra nieta, le estoy haciendo spormant. Ya sabéis los gastos que esto significa. No hace más que ocho días que le compré un Ford y ya ha estropeado las cosechas de cinco kilómetros a la redonda.

SEBAST. ¿Y para qué va por los sembrados?

TANCRE. Porque hasta ahora no ha conseguido meterse en la carretera.

PURIFIC. Ayer tarde lo tuvieron que sacar del río.

TANCRE. ¡Ah!, y en lo que a educación física se refiere, tampoco puede quejarse vuestra

nieta. Por la mañana, duchas hasta el tiritón; por el medio día, gimnasia sueca hasta el sofocón, y por la tarde, automóvil hasta el morrón.

ANGUST. ¡Jesús, Jesús!

TANCRE. Y todo lo hace por Chon, que, según frase suya, está que monda.

SEBAST. ¿Qué monda, qué?

TANCRE. Mondar, según mi Pío, es sinónimo de extraer el cráneo, quitar la cabeza o tambalear.

ANGUST. ¡Qué lenguaje más extraño éste de ahora!

TANCRE. Además, va a aprender a boxear: el boxeo es un deporte que aumenta los biceps y disminuye las narices. Le ha dicho a Domingo, el negro, que el pobre me está agradecidísimo por mis desvelos para volverle blanco, que le dé unas cuantas lecciones.

SEBAST. ¿Pero el negro sabe?...

TANCRE. ¡Un boxeador maravilloso! Allá, en su tierra, le dió un puñetazo en la coronilla a un hombre que medía un metro setenta y lo dejó en cero sesenta y cinco.

SEBAST. Pues veo a Pío encima del piano.

TANCRE. Yo ya le he comprado los guantes; pero anoche, ensayando, le dió Domingo un guantazo en los ojos que le ha metido una niña interna.

ANGUST. ¿Y eso es salud, Tancredo?

TANCRE. Eso es un descuido.

PURIFIC. ¡Pobre chico!

TANCRE. Y si fuese eso sólo; pero en donde tenía antes la nariz tiene desde ayer un pingajo que se lo suena con algodón hidrófilo; y de los remos no hablemos; con deciros que va a tener que ir a vela...

SEBAST. ¿También las extremidades?

TANCRE. ¡Como que debía llevar un brazo en cabestrillo! Y no saca muleta por coquete-

ría; pero yo creo que sin la muleta no va a poder pasar.

ANGUST. ¿Entonces, esa criatura estará desconocida?

SEBAST. ¿Estará deshecho?

TANCRE. Con deciros que el ortopédico de la calle Real me lo ha pedido prestado para el escaparate...

PURIFIC. ¿Y todo eso se lo ha hecho el negro?

TANCRE. Algo le ha hecho Domingo; pero la mayor parte se la ha hecho el lunes, que salió con el Ford a dar una vuelta y dió catorce.

ANGUST. ¡Qué horror!

TANCRE. Cómo quedaría el coche de destrozado, que nos ha costado nueve cincuenta la reparación. Lo ha hecho cisco.

SEBAST. Por ese precio, uno nuevo.

PURIFIC. *(Mirando a la izquierda.)* Aquí me parece que llega el señorito Pío. *(Efectivamente, por la primera izquierda hace entrada Pío; viste traje claro, camisa de sport y pantalón corto. Una venda circunda su cabeza, y a guisa de cabestrillo lleva un pañuelo negro, en el que deja descansar el brazo izquierdo. Al andar cojea bastante.)*

PIO *(Desde la puerta.)* ¿Hay acceso?

TANCRE. Pasa, hijo, pasa.

SEBAST. ¿Pero ese es Pío?

TANCRE. Me parece que sí. Voy a ver. *(Se acerca a él y lo examina.)* Sí, sí, es él.

ANGUST. ¡Pobrecito!

TANCRE. ¿De dónde vienes?

PIO De casa de don Tomás el médico.

SEBAST. ¿Te ha reconocido?

PIO Al principio, no; pero después que se fijó un poco, sí.

PURIFIC. Buen médico es.

PIO *(Moviendo la mano.)* ¡Ha estao brutal! ¡Enorme!

TANCRE. No muevas tanto la mano, no se te vaya a caer.

ANGUST. ¿Y qué te ha dicho?

PIO Pues... que estoy jamón.

TANCRE. Estás jamón, pero en bocadillos.

PIO *(Dándole un golpe como elogiándole el chiste.)* ¡Bestial, padre, bestial!

SEBAST. Bueno; ¿pero tienes alguna lesión importante?

PIO Heridas, muchas; pero así, de importancia, dos: la de la rodilla que me dí con el volante, y la del estómago, que me metí el acelerador.

ANGUST. ¿Y qué cree don Tomás?

PIO De lo de la rodilla, nada, y de lo del estómago, como fué con el acelerador, dice que haré las digestiones más deprisa.

PURIFIC. El golpe que dió el señorito debió ser tremendo.

PIO Fué jamón.

SEBAST. ¿Jamón también?

ANGUST. ¿Pero cómo fué el accidente?

PIO Pues fué... de lo peor que puede usted figurarse. Yo salí por la carretera, y de pronto, en una curva, veo un poyo de piedra muy saliente que me obliga a abrir la vuelta: no hago más que pisar el acelerador, cuando me sale una gallina que se me pone en medio del camino; por salvar a la gallina me voy al poyo.

TANCRE. ¡Muy caballeroso!

PIO Y en esto, otro pollo que viene en bicicleta y que me pide paso, y yo, a todo esto, con una velocidad de setenta y cinco por hora.

SEBAST. ¿Pero qué prisa tenías?

PIO Ninguna; era el coche.

ANGUST. ¿Y en qué quedó?

PIO Pues quedó... quedó muy poco; del pollo

no quedó ni para una ración; yo salí por el *parabrís* de cabeza.

PURIFIC. *(Santiguándose.)* ¡Jesús, Jesús!

PIO Y del coche quedó la chapa de la matrícula y el tapón del radiador.

SSEBAST Pobre Pío, la verdad es que desde que te dedicas a los deportes, no has tenido ni un día bueno.

PIO ¡Y qué me importa! Todo lo doy por bien empleado, porque todo lo hago por ella, por mi Chon!

TANCRE. Eso de tu Chon, lo has dicho muy pronto.

SEBAST. ¿Qué quieres insinuar, Tancredo?

ANGUST. ¿Te refieres a la conducta de nuestro sobrino con Asunción?

TANCRE. ¡A ver! Eso de que Mario le dé palique mientras mi pobre hijo se me hace somatose a fuerza de porrazos por halagarla, clama al cielo.

SEBAST. Y tienes mucha razón.

ANGUST. Lo triste es que la que se opone a que se vaya es ella, y nosotros, por no disgustarla... ¡Que si no, dónde estaría a estas horas ese pintorzuelo!

TANCRE. Bueno; pero por no disgustar a ella este hijo mío está haciendo un ridículo cecina, y digo cecina porque ya estoy harto de jamón.

PIO Eso, nunca, padre; yo no hago el ridículo, porque hoy mismo soluciono el asunto.

SEB. Y AN. ¿Tú?

PIO Yo. Ese hombre se ha puesto en mi camino y ponerse en mi camino es peligroso.

TANCRE. Desde que tienes Ford, peligrosísimo.

PIO Por eso lo voy a coger a solas y le voy a soltar una catilinaria que he escrito anoche y que me ha salido bestial; se la diré de carrerilla, porque me la sé de memoria.

TANCRE. ¡Ataque nervioso tenemos!

PIO Dice así: *(En tono oratorio.)* Error craso

es suponer que mi modesta condición farmacológica védame reivindicar mi honor sin mancilla, porque el hálito de la maledicencia lo empaña o lo empolva; pero no lo ensucia ni lo ajа.

TANCRE. *(Entusiasmado.)* ¡Hijo!

PIO *(Continuando.)* Aja.

TANCRE. Es un párrafo bestial.

PIO *(Continuando.)* Usted quiere interponerse en mis amores e interponerme en ellos es perecer al filo de mi acero.

SEBAST. Eso es de hidalgos.

PIO *(Continuando.)* A mí jamás me han importado los hombres, y yo, que siempre de los hombres me reí.

SEBAST. Eso es de Caballero.

TANCRE. Eso es de Chapí. Mira, Pío, no sigas, porque estoy viendo que en vez de una catilinaria, lo que has hecho es una zarzuela entres actos.

PIO ¿Usted cree, padre?

TANCRE. Yo y todo el que conozca el repertorio.

ANGUST. Aquí lo práctico es que llamemos a don Rosario, el notario, y a don Trinitario; el organista de la Catedral, y que ellos, que son tan buenos amigos nuestros, se encarguen de convencer a Asunción de que su primo no puede continuar aquí.

SEBAST. Has tenido una idea magnífica, porque don Rosario y don Trinitario tienen un talento extraordinario.

PIO Si les parece a ustedes, yo mismo voy y me los traigo.

ANGUST. No estaría mal.

PIO Pues voy y de paso recogeré el ramo de campanillas y la bocina, que me la están arreglando.

TANCRE. Sí, pero no vayas deprisa: a cuatro por hora, todo lo más, hijo.

PIO Si es que aunque quisiera correr, no po-

dría... *(Andando y cojeando del lado derecho.)* ¿No ve usted que llevo este neumático flojo? *(Hace mutis cómico por la izquierda.)*

PURIFIC. *(A Tancredo.)* Usted correrá lo que quiera; pero yo creo que todo eso que le sucede a su hijo es castigo del cielo por haberse apartado del buen camino.

TANCRE. Al contrario; eso le sucede por no haberse apartado.

SEBAST. Bueno, y referente a...

ANGUST. Cuidado, que llegan. *(Por la segunda derecha sale Chon, con traje a propósito para jugar al «tennis», seguida de Mario, que viste también pantalón blanco, camisa, cinturón, etc., etc. Traen las raquetas en la mano.)*

CHON Nada, nada, primo; como pintor, quizá seas algo, pero como jugador de tennis, apenas si eres persona.

MARIO Es que tú juegas de una manera formidable.

CHON ¡Ah, y todavía no he desarrollado mi juego, porque la explanada no está en condiciones... A propósito, abuelito, hay que hacer en la parte atrás del jardín un gran campo de tennis; ya me encargaré yo.

ANGUST. Pero hija, ¿qué utilidad nos reporta a nosotros eso?

CHON ¿Cómo que no? Un campo de tennis es tan necesario como el comedor, como el gabinete...

SEBAST. Tendrán que cortar los magnolios que en esa parte hay, unos magnolios a cuya sombra se arrullaron los bisabuelos.

CHON Pues por eso ya es hora de que desaparezcan; más importantes eran los bisabuelos y han desaparecido.

TANCRE. Según esa teoría, debían echar esta casa abajo.

CHON ¡Ah, y la echaré y la levantaré de nuevo!... Y a propósito, mi querido don Tancredo, ¿qué ha hecho usted con el negro que lo pone todas las mañanas al sol en el corral y lo tiene cerca de media hora?

TANCRE. Lo pongo a que se seque. Porque después de la mano de pomada que le doy, es necesario que esté al sol hasta que se seque.

MARIO ¿Al sol? ¿Y no se morirá de una insolación?

TANCRE. No se muere, pero se va secando.

ANGUST. ¡Pobrecillo!

TANCRE. Todos estos sufrimientos tendrán su recompensa muy pronto. ¡Ah, el día que él se mire al espejo y se vea como nosotros

SEBAST. ¿Y cuándo crees que empezará a dar resultado tu tratamiento?

TANCRE. Pronto, muy pronto; de mañana a pasado, espero que le vayan apareciendo las manchas locales precursoras del blanqueo definitivo.

MARIO ¿Le salen manchas?

TANCRE. Pronto verán la aparición de unos círculos blanquísimos alrededor de la nariz, de la boca.

PURIFIC. ¡Qué asombro!

ANGUST. Y eso se debe a tu pomada.

TANCRE. A mi pomada y al escrupuloso régimen a que tengo sometido al paciente.

CHON ¿Régimen alimenticio?

TANCRE. Precisamente, Domingo, desde que cayó en mis manos, no toma más que leche como alimento y horchata de almidón como refresco.

ANGUST. ¿Y esa dieta no le debilitará?

SEBAST. No lo creas; ahí lo tienes tan ágil y tan tieso.

MARIO Bueno; ágil está gracias a la leche.

TANCRE. Y tieso, gracias al almidón.

PURIFIC. Sí, sí, al almidón; gracias a lo que me roba a mí de la cocina.

TANCRE. *(Con pavor.)* ¡Cómo! ¿Come?

PURIFIC. Come.

TANCRE. ¿Cómo?

PURIFIC. En cuanto me descuido, agarra lo primero que ve a mano. La carne, sobre todo, es que se la come cruda.

TANCRE. *(Con pavor.)* ¡Mi santa madre!

SEBAST. ¿Qué pasa?

TANCRE. Que eso que me dice Purificación es gravísimo.

CHON ¿Cómo?

TANCRE. Que mi pomada es inofensiva observando un riguroso plan lácteo; pero comiendo y comiendo como un negro, puede acarrear gravísimos trastornos, no sólo gástricos, sino también mentales.

ANGUST. *(Alarmada.)* ¿Qué dices?

CHON ¿Mentales? ¿Pero es que acaso podría volverse loco

MARIO Si no lo está ya.

TODOS ¡Eh!

MARIO Yo lo digo, porque desde ayer vengo notando en él una agitación constante, una falta de memoria...

TANCRE. Sí, sí, síntomas precursores de la locura, no me cabe duda.

SEBAST. Por Dios, Tancredo, no diagnostiques de ese modo, que nos horripilas.

TANCRE. Yo no te pudo ocultar la verdad; ese afán de comer carne cruda es gravísimo.

MARIO Como que es la vuelta al canibalismo de su raza.

TANCRE. ¡Quizá! Y lo que hoy es un filete de vaca, mañana puede ser un solomillo de un salmantino o de una salmantina.

PURIFIC. ¡Jesús nos valga!

ANGUST. ¿Pero tú crees que será capaz de atacar a las personas?

TANCRE. Indudablemente; sobre todo a los menores; las carnes tiernas es lo que más le atrae.

MARIO Sí, pero a falta de niños...

SEBAST. Es preciso conjurar ese peligro.

ANGUST. Pero sin esperar un momento más.

CHON ¿Dónde está Domingo?

PURIFIC. No sé, porque andaba haciéndole la rosca a una tarta de Chantilly que le he hecho a la señorita...

CHON Pues llamarle; que venga.

ANGUST. Aquí.

SEBAST. A ver si le da un acceso y...

MARIO Entre todos, ya procuraríamos sujetarle.

CHON *(Llamando.)* Domingo, Domingo.

TANCRE. ¡Qué lástima! Yo, que esperaba verle de un momento a otro las manchas blancas delatoras de mi triunfo.

CHON *(Volviendo a llamar.)* Domingo. *(Por la izquierda aparece Domingo, rodeándole la boca, se le notará un círculo blanco.)*

DOMINGO ¿Llamaba el amita?

TANCRE. *(Dando un grito.)* ¡Ah, la mancha, la mancha! Fijarse todos; el síntoma precursor... Ahí está mi triunfo.

SEBAST. ¿Pero es posible?

TANCRE. Fijarse en los labios.

DOMINGO Por Dios, no me regañen; pero es que la tarta de Chantilly estaba tan apetitosa, que no me he podido contener y...

PURIFIC. ¿Por fin diste con ella?

DOMINGO No me regañe, amita, que estoy loquito; la untura, el sol, la dieta... ¡no puedo más! ¡Ayer, el medio solomillo que le faltó, me lo comí!

CHON ¿Tú?

DOMINGO Yo.

CHON ¿Y te lo comiste crudo?

DOMINGO Y me traen una vaca viva y la destrozo; el hambre ha despertado en mí un instin-

to, que no me puedo contener; no sueño más que con morder, con comerme algo tierno...

ANGUST. *(Aparte a los demás.)* Este nos muerde.

TANCRE. No me gusta ese síntoma; si fuésemos pequeñitos, quizá nos hubiese ya... *(Por la izquierda entra María de la O con Nicolasín de la mano.)*

MARIA *(Entrando.)* Anda, Nicolasín, anda, que la señorita tiene gusto en verte. *(Todos, al ver entrar a María con el pequeño, hacen un gesto de terror y se repliegan más a la derecha.)*

ANGUST. *(Aparte.)* ¡María Santísima!

TANCRE. *(Idem.)* No queda de él ni la boina. *(María de la O queda en la izquierda, con el niño al lado de Domingo, que no dejará de mirar al pequeño, y al mismo tiempo sonreirá de satisfacción.)*

MARIA Anda, hijo, no te cortes, que la señorita es mu buena; dí algo, saluda... si no te van a comer.

MARIO ¡Quién sabe!

DOMINGO ¿De modo que este hijito es suyo?

MARIA Mío; ¡y que está más rico!

SEBAST. No, no lo creas....

TANCRE. Está durísimo. *(Todos le hacen señas a María de que se lleve al niño.)*

DOMINGO *(Acercándose a él.)* Es una perita en dulce. *(Cogiéndolo y levantándolo de los brazos hasta la boca.)* Está pa comérselo. *(Todos dan un grito de terror. Domingo se lo acerca a la boca, le da un beso y lo vuelve a dejar otra vez en su sitio. A todos los demás se les escapa un suspiro fuerte y hondo de tranquilidad.)*

CHON ¿De modo que ese es Nicolasín?

MARIA Sí, señorita; anda, dale un beso a la señorita. *(Nicolasín se adelanta y la besa.)*

CHON ¿Qué edad tiene?

TANCRE. Pues minutos nada más... porque acaba de nacer.

MARIA Pa tos los Santos cumple cinco años.

SEBAST. Pues ya le puede dar gracias a todos los santos.

CHON Bueno, monín; luego le daré a tu madre para que te compre un juguete.

SEBAST. Sí, y llévatelo en seguida.

ANGUST. Sí, llévatelo, porque tengo el corazón que no sé si es corazón o un ventilador.

MARIA ¿No está mejor la señora?

ANGUST. No, hija, no; este miocardo no tiene arreglo.

SEBAST. Lo mejor es que nos salgamos al jardín; ya sabes que el aire libre te sienta muy bien.

ANGUST. Sí, sí, vamos.

TANCRE. Yo también me voy.

ANGUST. ¿No nos acompañas?

TANCRE. Yo voy a la farmacia a consultar libros de los mejores psiquiatras a ver qué me dicen de este caso; porque, indudablemente, la locura de los negros no es igual a la de los blancos; porque un blanco, cuando le da la furia, se pone negro; pero un negro no se puede poner blanco.

ANGUST. Pues vente y sales por la puerta del jardín. *(Hacen mutis por la segunda derecha todos menos Chon, Mario y Domingo.)*

CHON Domingo.

DOMINGO Amita.

CHON ¿Qué estabas haciendo ahora?

DOMINGO Esperando unos pollos que van a traer para matarlos; creo que esta noche hay guateque, y la amita vieja...

CHON Sí, Purificación.

DOMINGO No se atreve a matarlos. Dice que la sangre le convulsiona y me encargó a mí de la mortandad.

MARIO Bueno, pero no te los comerás.

DOMINGO Por falta de ganas, no será, porque esto que está haciendo conmigo el boticario es una herejía: me tiene la cara achicharraíta, y como después de darme el ungüento me pone al sol, se me paran todas las moscas y me pican que rabio.

CHON ¡Pobre Domingo!

DOMINGO Le digo al amita que le tengo una hincha... ¡Ay, si yo pudiera alguna vez cogerle el pescuecito... o darle una pataíta na más...

CHON Bueno, bueno, cálmate, que yo hablaré con él, y si no hay otro medio que te deje de tu color, qué le vamos a hacer.

DOMINGO Ay, sí; hágalo, amita, porque estoy viendo que no me voy a poder contener y... ¡Ay, el día que yo pueda darle una pataíta... una na más... le dejo el zapato en relieve!

CHON Bueno vete a matar los pollos y está tranquilo, que yo lo arreglaré.

DOMINGO El caso es que no sé si han de ser todos o... Bueno, se lo preguntaré a ama Purificacion. *(Hace mutis izquierda; quedan solos Chon y Mario.)*

CHON Realmente, hay que hacer algo por el pobre Domingo, porque si no se ha vuelto loco, se va a volver.

MARIO No te molestes, porque don Tancredo mismo desistirá de su idea.

CHON ¿Tú crees?

MARIO Le he gastado una broma como para que cierre la farmacia.

CHON ¿Qué has hecho?

MARIO Ya te enterarás... *(Con ironía.)* Y conste que lo siento; al fin y al cabo, se trata de tu futuro padre político

CHON *(En el mismo tono.)* Es verdad; voy a ser la señora de don Pío Delgado...

MARIO *(Con la misma ironía.)* Heredera de la Hila Delgado y del sello de urgencia... Te

verás envuelta en específicos inventados por tu suegro, que irremediablemente han de comprometer tu vida.

CHON *(Riendo.)* ¡Jesús, qué negro lo ves todo!

MARIO Y respecto a tu futuro, no te digo nada; por tí se ha hecho pollo jamón, se ha hecho spormant, se ha hecha trinchera, se ha hecho cisco...

CHON *(Sentándose.)* ¡Qué gran artista eres, querido primo! ¿De modo que, según tú, mi porvenir no puede ser más horrible; yo, que he venido a esta casa a traer alegría, juventud, aires de renovación, voy a convertirme por obra y gracia de mi casamiento, en una burgesa oscura, gruñona, pegada a la vieja rutina... de casa a la iglesia de la iglesia a casa *(Riendo francamente.)*; bien, primo, bien, y ya que has hecho tan bien el retrato de mi suegro y de mi prometido, ¿por qué no me haces el del hombre con quien yo debía casarme?

MARIO ¡Ah! Si tú pudieses penetrar en mi cerebro...

CHON No, por Dios; penetrar ahí es lo mismo que meterse en un manicomio.

MARIO Tú necesitas, Chon, otra clase de hombre; un hombre libre de prejuicios...

CHON *(Siguiendo la pintura.)* Un poco artista y otro poco bohemio.

MARIO Un hombre de esos que llegan al hogar con el reposo y la convicción que dan una vida intensa ya desterrada...

CHON Te repito que de unos días a esta parte, has adelantado en tu carrera una barbaridad.

MARIO ¿Por qué lo dices?

CHON Porque acabas de hacer un retrato que no lo hubiese hecho mejor Velázquez. No has hecho más que abocetarlo y ya sé quién es.

MARIO ¿Quién?

CHON Tú. Claro que el retrato está sin acabar, falto de retoque; hay que darle cierta frescura...

MARIO ¿Frescura?

CHON Necesario; la que tiene el original.

MARIO En serio, Chon, ¿prefieres ese retrato con todos los retoques que tú quieras, o la caricatura de ese pollo del Ford?... Contéstame...

CHON *(Se levanta, hace una pausa y dice.)* Prefiero... *(En este momento se oye la voz de Tancredo por la izquierda, que grita furiosamente.)*

TANCRE. *(Desde dentro.)* ¿Sebastián, Angustias?

CHON ¡El boticario!

MARIO *(Contrariado.)* En qué ocasión llega.

CHON Vamos a mi cuarto; allí te diré qué retrato me gusta más. *(Hacen mutis primera derecha. Por la izquierda sale Tancredo como una furia, estrujando un periódico.)*

TANCRE. *(Saliendo.)* Angustias, Sebastián, ¿pero es que no hay nadie en esta casa? ¡Sebastián, Angustias... *(Por la primera derecha sale Sebastián y Angustias.)*

SEBAST. ¿Qué ocurre?

ANGUST. ¿Qué voces son esas?

TANCRE. ¡Esto es intolerable! ¡Inadmirable!... ¡Inaguantable!

ANGUST. Bueno, pero que hable.

SEBAST. Tancredo, reporta tus iras y ten en cuenta que estás en casa de uno de tus mejores amigos.

TANCRE. ¿Amigos, eh? ¡Ja, ja, jay!

SEBAST. ¿A qué viene esta imprecación vasca?

TANCRE. Viene a que en esta casa se está haciendo befa de mí.

ANGUST. ¿Befa?

TANCRE. Befa y mofa, sí, señora, y de mí no hay quien se *mofee* ni se *befee*.

SEBAST. ¿Pero quieres explicarte, Tancredo?

TANCRE. A eso vengo. ¿Has leído «*El Radio escucha salmantino*» de esta mañana?

SEBAST. No he tenido tiempo.

TANCRE. Pues bien. Al coger este libelo y leer el título de uno de sus artículos, me puse un poco mosca; pero no hice más que leer los primeros renglones y me espanté.

SEBAST. Claro; estando mosca...

TANCRE. Guarda ese humorismo para mejor ocasión y escucha.

ANGUST. Lee, lee.

TANCRE. Ahí va eso. *(Leyendo.)* «¡No más negros! ¡Se acabó el Congo! ¡Se acabó el Africa! ¡Se acabó el carbón!

SEBAST. ¿Eso es un anuncio?

TANCRE. Esto son los titulares del artículo. Escucha, que ahora viene lo bueno. *(Leyendo.)* »El sabio farmacéutico salmantino don Tancredo Delgado ha escalado un peldaño más del pedestal de la gloria. ¡Hay que ver a don Tancredo subido en su pedestal». *(Sin leer.)* ¿Qué os parece?

ANGUST. Eso lo he oído yo hace mucho tiempo.

SEBAST. ¿Se refiere a tu específico para volver blancos a los negros?

TANCRE. A eso se refiere y además invita en mi nombre a todos los negros del mundo que quieran dejar de serlo a que vengan a Salamanca, asegurando que todos los gastos de viaje y manutención corren de mi cuenta.

ANGUST. ¡Pues es una bicoca!

SEBAST. ¿Dice todo eso el artículo?

TANCRE. Todo eso, y por si fuera poco *choteo*, acaba proponiendo al Tiro Nacional que se me otorgue la copa de este año, en vista de los blancos que voy a hacer...

SEBAST. ¡Qué barbaridad!

ANGUST. Pues a mí me parece un artículo encomiástico.

TANCRE. Angustias, eres más cerrada de lo que yo me suponía.

SEBAST. ¡Tancredo! ¡Mide tus palabras!

TANCRE. No mido nada porque vosotros tenéis la culpa de esto y de otras muchas cosas.

ANGUST. No te entendemos.

SEBAST. Tancredo, yo te exijo que te expliques.

TANCRE. Pues bien, sabedlo de una vez. Cuando yo leí ese artículo, que no tiene firma; pero que por su estilo me hizo suponer que era de Luis Esteso, corrí como una tromba a la redacción del *Radioescucha* y allí supe que esa prosa vil y encanallada era de vuestro sobrino.

ANGUST. ¿De Mario?

TANCRE. De Mario Galán de las Almenas.

SEBAST. No quiero creerlo.

TANCRE. Pues créelo. De Mario Galán de las Almenas. De este pintorzuelo estúpido que se ha propuesto echar por tierra la obra de toda una vida de estudio y de investigación. Y a mí no me estropea una obra ningún Galán...

SEBAST. Recuerda, Tancredo, que yo también soy un Galán...

TANCRE. Tú eres un característico y malo.

SEBAST. ¡Eh!

ANGUST. Tancredo, no te consiento que faltes a mi marido.

TANCRE. Y tú eres una partiquina.

SEBAST. ¡Nos estás insultando!

TANCRE. Y no es para menos, porque vosotros tenéis la culpa de todo.

ANGUST. ¿Nosotros?

TANCRE. De todo, porque vosotros debísteis poner de patitas en la calle a ese pintamonas que aquí no pinta más que adefesios.

ANGUST. Repara en que me va a hacer un retrato.

TANCRE. ¡Por algo digo yo las cosas!

SEBAST. ¡Basta, Tancredo, basta, que no estoy dispuesto a tolerarte más insultos!

TANCRE. Pues aunque te duela, tu sobrino Mario es un canalla de mala sangre.

SEBAST. Mi sobrino tiene mi sangre, ¡ea!

TANCRE. ¿Tu sangre?

SEBAST. Si no mi sangre, sangre de mi sangre.

TANCRE. No te pongas flamenco, porque a mí no me asustas.

SEBAST. Yo, cuando tengo razón, me pongo flamenco contigo y Sáiz de Carlos.

TANCRE. ¡Ay, tus antepasados!

SEBAST. ¡Ea! Ya se me han hinchado a mí las narices. ¿Y sabes lo que te digo? Que mi sobrino Mario tiene razón. Tú no eres más que un charlatán de plazuela, que en tu vida has inventado un ungüento para los callos.

TANCRE. ¡Sebastián! ¡Que eso de los callos es lo que me hace más daño!

SEBAST. Y que con tu pomada infernal e intolerable, has vuelto loco al pobre Domingo, a ese negro, que en cuanto yo le dé permiso te va a convertir en un puzle.

TANCRE. ¿A mí?

SEBAST. A tí, que con tus sellos estás envenenando a media Salamanca.

ANGUST. ¡Y que lo digas! Desde que tomé uno para el dolor de cabeza, estoy como loca.

TANCRE. Tú, loca lo has estado siempre.

SEBAST. ¡Ea! ¡Se acabó! Ahora mismo sales de esta casa por las buenas o por las malas.

TANCRE. ¿Por las malas? Quisiera verlo.

SEBAST. ¿Que quisieras verlo? ¡Domingo! ¡Domingo! ¡Purificación! ¡Mario! *(Salen Purificación, Chon y Mario.)*

ANGUST. ¡Por Dios, Sebastián, no te exaltes!

SEBAST. Déjame, Angustias, que esto no puede quedar así.

PURIFIC. ¿Qué pasa?

CHON — Pero abuelito, ¿qué te sucede que das esos gritos?

SEBAST. — Ven acá, hija mía. No te acerques a ese monstruo.

ANGUST. — No pienses más en el hijo de ese herbolario.

CHON — ¿Pero qué estáis diciendo?

SEBAST. — ¡Domingo! ¿Dónde está Domingo, que quiero que eche a patadas de esta casa a ese idiota?

PURIFIC. — Por ahí anda más loco que antes.

SEBAST. — Por culpa de éste.

MARIO — *(Saliendo.)* ¿Pero qué escándalo es este?

TANCRE. — Ese, ese es el autor de esta indecencia. *(Mostrándole el periódico.)*

MARIO — ¿Qué dice usted?

SEBAST. — No le hagas caso a ese paquidermo.

TANCRE. — *(Ebrio de ira.)* ¡Sebastián, que es el último insulto zoológico que te tolero!

MARIO — Bueno; ¿pero de qué se trata?

TANCRE. — De una villanía que se ha cometido conmigo, y usted podrá reirse de los Galanes hasta que se caiga al suelo, pero mofarse de un Delgado, es más gordo.

MARIO — Señor mío. ¡Está usted en un error craso!

TANCRE. — ¿Y encima niega? ¡Usted es un gallina!

SEBAST. — ¿Gallina un Galán?

MARIO — ¿Yo gallina?

SEBAST. — Dale dos capones.

CHON — Pero por Dios, don Tancredo, cálmese usted.

TANCRE. — Esta casa es una piara.

ANGUST. — ¿Qué ha dicho?

TANCRE. — ¡Me he metido en una zahurda!

SEBAST. — ¿Piara este solar de mis antepasados?

TANCRE. — Por lo mismo, aquí no hay más que lo que hay en los solares.

SEBAST. — ¡Tancredo! *(Va hacia él.)*

TANCRE. — ¡Sebastián! *(El mismo juego.)*

MARIO — ¡Caballero! *(Sujetando a Tancredo.)*

CHON Señores, por Dios. *(Conteniendo a Sebastián con el auxilio de Angustias.)* Están dando ustedes un espectáculo impropio de su educación y de su amistad.

TANCRE. Lo que voy a dar yo es una de patadas, que si me ve Monjardín me abraza.

PURIFIC. ¡Silencio, por Dios, que viene gente!

PIO *(Entra con el ramo de campanillas, por detrás de la americana y en el sitio donde se lleva el bolsillo del revólver se le notará un bulto exagerado.)* La paz de Dios sea en esta casa.

TANCRE. A propósito... *(Fijándose en el bulto.)* Pero oye, oye, ¿qué bulto es ese que llevas ahí detrás?

PIO Es la bocina del automóvil, que no me hace juego con el ramo y no sabía dónde ocultármela...

TANCRE. Bueno, pues...

PIO Un momento; fíjese usted. *(Avanza resueltamente y con ademanes de orador dice todo lo que sigue, como el que repite un párrafo que se sabe de memoria.)* Llego emocionado a esta morada del bien y del amor para ofrendar este modesto ramo de campanillas al ángel que endulzará las horas de mi hogar...

TANCRE. ¡Cállate, Pío!

MARIO ¡Es un idiota!

PIO De mi hogar, repito, en donde con ella seré feliz lo mismo comiendo un poco de pan y cebolla que si me dan una chuleta.

TANCRE. *(Furioso.)* ¡No sigas!

PIO *(Creciéndose.)* Si me dan una chuleta, repito.

TANCRE. *(Dándole una bofetada enorme.)* ¡Ya te la han dao!

PIO ¡Pero padre!... ¿Pero es que lo he dicho mal? ¡Si me lo sé! Ahora verá. *(Como an-*

tes, declamando.) Si me dan una chuleta, repito...

TANCRE. Si repites tú, repito yo.

SEBAST. Que se calle esa mula.

PIO ¿Por qué me llama mula?

TANCRE. Debe ser por las campanillas.

ANGUST. ¡Ay, a mí me va a dar algo! ¡La miocarditis!

CHON ¡Por Dios, abuelita!

PURIFIC. ¡Señora, por la Virgen!

MARIO ¡Cálmese, tía!

SEBAST. ¿Cómo se va a calmar estando aquí ese estúpido? ¡Domingo! ¡Domingo!

PURIFIC. ¡Domingo!

DOMINGO *(Entrando con un cuchillo grande de cocina en la mano y delantal blanco puesto.)* Amita, ¿los mato a todos? *(Grito general; todos hacen ademán de huir.)*

S. T. y A. ¡Huyamos!

CHON No, no se asusten ustedes. Domingo se refiere a los pollos que habrán traído.

DOMINGO Eso es; pero como he oído la voz de los amitos que me llamaban...

SEBAST. Pues te llamo para que eches de esta casa a ese hombre; pero échalo a patadas.

DOMINGO *(Loco de alegría.)* ¿De veras? ¿Puedo darle una patadita?

ANGUST. ¡Las que quieras!

DOMINGO Pues va por ustedes.

PIO Padre, que lo ha brindao.

TANCRE. *(Adelantándose.)* ¿A mí? ¿A mí una patada?

DOMINGO A usted. *(Le da una patada.)*

TANCRE. Mi madre; me ha encendido la cerillera.

PIO *(Arrancándose.)* ¿Pegar a mi padre?

DOMINGO Y a tí también.

PIO ¿A mí?

DOMINGO A tí. *(Le da una patada y suena un bocinazo.)*

TANCRE. No llores, hijo.

PIO — Si es la bocina, padre, que me la ha incrustao.

DOMINGO — *(Dándole patadas a unos y a otros, pero siempre que se la da a Pío suena la bocina.)* Guarajos, pendejos, a la calle.

SEBAST. — Sí, a la calle.

TANCRE. — *(A Pío.)* A la calle; pero ves tú delante, que vas pidiendo paso. *(Hacen mutis segunda derecha, dándoles patadas Domingo.)*

TELON

Acto tercero

Jardín de la casa de don Sebastián. Primera lateral derecha, fachada con puerta practicable que da entrada a la casa; esta fachada es lo único que conservará el sello de antigüedad de la casa. Grandes árboles deben cubrir el escenario; algunos de ellos se verá que están cortados recientemente; lejos del foro se verá una elevadora de agua, y hacia la derecha, un campo de tennis. Toda la parte izquierda es un muro de piedra antigua que figura que cierra el jardín menos en la primera caja, que será practicable, pues figura que se va a la puerta que da a la calle.

En escena, y más hacia la derecha que hacia la izquierda, una mesita de junco, y sobre ella cuatro o cinco copas y dos botellas de Jerez. Dos sillóncitos de junco y tres sillas más. Un poco distanciado de la mesa, un caballete con un lienzo colocado, y al pie una banqueta y un jarro con pinceles. El caballete estará colocado de forma que no se vea desde el público lo que hay pintado.

(Al levantarse el telón, Angustias, que ya vestirá a la moda, sin exageración; lucirá un poco de escote, otro poco de pierna y los brazos; está envuelta en un magnífico mantón de Manila, peineta en la cabeza, y sosteniendo una guitarra en la cadera, está colocada en actitud de posar. Mario, delante del caballete, le está haciendo el retrato.)

ANGUST. ¿Te falta mucho?

MARIO No sea usted impaciente, tía; esto va admirablemente; la figura ya está terminada, y estoy retocando algunos detalles de la ornamentación.

ANGUST. ¿Estás en la guitarra?

MARIO La guitarra no hay que tocarla. Son los chinos, los chinos del mantón, los que me están dando qué hacer; quiero modernizarlos.

ANGUST. Bueno; pero no los vayas a poner vendiendo collares a tres *peletas;* porque como eres así.

MARIO ¡Por Dios, tía Angustias! La ha tomado usted conmigo.

ANGUST. No, si no te censuro, si me he convencido de que con antiguallas no se va a ninguna parte.

MARIO Gracias a la nieta.

ANGUST. Y que lo digas, gracias a ella, que nos ha demostrado que estábamos viviendo en un plan marisco.

MARIO Ostra, querrá usted decir.

ANGUST. Es lo mismo.

MARIO ¿Y ahora?

ANGUST. Acuérdate, que cuando quisiste hacerme este mismo retrato, por poco te echamos de la casa, y ahora estoy deseando que lo acabes y que pongas en él todos tus atrevimientos de artista y tus exaltaciones de hombre moderno. En una palabra, quiero que me saques ¡jamón! *(Por la derecha sale Sebastián, afeitado completamente, con elegantísimo pijama y fumando un egipcio.)*

SEBAST. Con que te saque tal y como eres se verá el jamón por cualquier parte.

ANGUST. Sebastián, ya sabes que no me gustan las ironías, desde que te has hecho pollo raqueta estás inaguantable.

SEBAST. Y a tí, desde que te has hecho niña bien, no se te puede decir nada.

MARIO Bueno, bueno, descanse usted ahora tía, y no regañen, porque de estas trifulcas saca partido don Tancredo para ir por ahí poniéndoles de vuelta y media.

SEBAST. Lo sé, querido Mario; lo sé, y me tiene sin cuidado la campaña de difamación que nos está haciendo ese sacamuelas, que en su vida ha inventado nada que tenga sentido común.

ANGUST. Y que lo digas, Sebas; ese pildorilla no es más que un mangante que venía detrás de la fortuna de nuestra nieta. Sí, sí, para su niño estaba Chon! ¡Su niño! ¿Pero quién es su niño?

SEBAST. Un pollo pera.

ANGUST. Eso se cree él; que es pera, y que es de don Guindo, y no llega ni a camuesa.

MARIO Pues hace un mes no decían ustedes eso.

SEBAST. Hace un mes, teníamos una venda en los ojos.

ANGUST. ¿Pero qué va a convenirle ese idiota que ni guiar un Ford sabe? En cambio, tú, tú eres otra cosa.

SEBAST. El antípoda; un hombre inteligente, influído por las costumbres modernas...

ANGUST. Y que tiene una idea de la pintura ¡bestial!

MARIO ¿De modo que yo?

ANGUST. Tú estás llamado a ser un marido brutal.

MARIO ¡Tanto como brutal!...

SEBAST. Estupendo, hombre, estupendo; te lo decimos nosotros.

MARIO Pues Chon..., ¿qué quieren ustedes que les diga?

ANGUST. ¿Pero es que tienes duda de que está por tí?

MARIO ¿Duda?... La semana pasada, cuando se fué a Madrid, según ella, a ver una ele-

vadora de agua y no sé qué otras cosas, no quiso que la acompañase: tres días estuvo en la corte, y ni aun a recogerla consintió que fuese.

SEBAST. Porque ella es así, un espíritu libre.

ANGUST. Y, además, ahora está loca con los arreglos de la casa; pero tú no cejes, que es tuya; ya conoces el refrán: «El que la sigue la asesina.»

SEBAST. Todo antes que casarla con el hijo de ese intoxicasanos que nos anda quitando el pellejo.

MARIO ¡Y de qué manera! ¡Toda Salamanca está escandalizada!

SEBAST. Escandalizada, ¿por qué?

MARIO Porque don Tancredo anda diciendo que no se quita usted el pijama ni para acostarse.

SEBAST. ¿Y qué?

MARIO Y que la tía usa camisas de seda.

SEBAST. ¿Cómo? ¿Dice eso de mi señora? ¡Ah, pues eso sí que no se lo tolero! El no tiene por qué saber las camisas que usa ésta.

MARIO Anda, pues dice que tiene una negra.

ANGUST. Sí que la tengo.

MARIO Y en la ciudad se murmura que son ustedes fascistas.

SEBAST. Envidia y nada más que envidia: ¿qué se puede esperar de un hombre que para achicarme dicen que va por ahí vestido de pollo pera?

MARIO *(Riendo.)* A sus años.

SEBAST. Y no es lo malo la edad, porque nosotros no somos ningunos tobilleros y hemos acertado con una indumentaria moderna, pero digna.

ANGUST. Lo triste es que ese hombre, que tiene un tipo de cochero que caballo que lo ve relincha, quiera ponerse a tono con las personas verdaderamente distinguidas. Yo lo

he dicho siempre: la educación hay que biberonearla.

SEBAST. A propósito, ¿no quieres una copita?

ANGUST. Ya lo creo, y Mario también libará.

MARIO Parece que le han tomado ustedes gusto a este vino.

SEBAST. *(Bebiendo.)* Néctar de los dioses, querido sobrino; pero se sube un poco a la cabeza.

ANGUST. *(Después de beber y paladear.)* ¡Qué solera ésta del 48!

SEBAST. Del 47. Ya se te ha subido un año. *(Todos ríen.)*

MARIO *(A Sebastián.)* Bueno, ¿cómo le parece a usted que llevo el retrato de la tía?

SEBAST. *(Levantándose y mirándolo.)* A ver, a ver. *(A Angustias.)* Estás que mondas.

ANGUST. *(Con coquetería.)* Que me ha favorecido mucho Mario.

MARIO Nada de eso, tía; está usted tal cual es.

SEBAST. A tí te extraña, porque como desde que naciste has tenido cubiertos tus encantos y ahora, claro, luciendo el escote, luciendo los brazos, y la falda un poco subida... te digo que estás para quitarle el sueño a un encefalítico.

ANGUST. Tontísimo.

SEBAST. Tienes un arranque de pantorrilla, que ríete de la Mistinguet.

MARIO ¿Pues y el nacimiento?

SEBAST. El nacimiento es como para estarle cantando villancicos toda la noche.

ANGUST. Pues tú, desde que te quitaste esos pelos de la cara, eres otro.

SEBAST. ¿Sí, verdad?

ANGUST. Qué cutis más terso. Qué hoyito en la barbilla. Era una lástima que aquellas barbas te taparan ese hoyo que tanto te agracia.

SEBAST. *(Más dulce.)* ¿De verdad?

ANGUST. Recordarás que ese hoyo fué mi locura;

que ese hoyo fué mi perdición *(Cada vez más tierno.)*, que ese hoyo...

SEBAST. *(Por Mario.)* Que ese oye, tú.

MARIO Sí, tía; la estoy oyendo y me parece que aquí estoy haciendo el canelo.

ANGUST. Perdona, pero es que estamos llenos de recuerdos.

SEBAST. ¡Muchos recuerdos!

MARIO Muchas gracias... y hasta luego. ¿Saben ustedes dónde está Chon?

SEBAST. Sguramente por allá, viendo colocar el elevador o la bomba aspirante...

ANGUST. Está hecha una obrera.

MARIO Pues voy a ayudarle. *(Mario hace mutis por el foro. Por la primera izquierda del público, sale María de la O; pero en vez de vestir como en los dos actos anteriores viste falda corta ceñida, blusa con escote y los brazos al aire, cofia coquetona; lleva pintados los ojos y los labios ,etc.)*

MARIA *(Llegando cerca de Sebastián y Angustias.)* Señores.

ANGUST. ¿Qué quieres, Mari?

MARIA Don Trinitario y don Rosario, que quieren ver a los señores.

ANGUST. ¿Don Trinitario y don Rosario?

SEBAST. Sí, mujer; el organista de la Catedral y el Notario de la calle Ancha. ¿Les has dicho que estamos?

MARIA Como yo no sabía si los señores...

SEBAST. Bueno, bueno, que pasen.

MARIA *(Hace mutis cantando con música de Valencia.)*

Trinchera,
es la prenda más bonita que llevan
los pollos pera.

SEBAST. ¿A qué vendrán esos retrógrados?

ANGUST. Ya lo puedes suponer: el Notario, a darnos la lata, y el organista, a darnos la murga. *(Por la primera izquierda entran don*

Trinitario y don Rosario. Ambos visten de negro y de una moda atrasadísima. Don Trinitario lleva una bota de alza de esas de forma de plancha, y don Rosario unas gafas de concha, y sobre ellas unos lentes; a pesar de todo, ve muy poco o casi nada.)

TRINIT. *(Aparte, al entrar, a don Rosario.)* ¡Qué escándalo! Esto está perdido. ¿Se ha fijado usted en María de la O?

ROSARIO ¡Ah!; ¿pero esa es la criada? Yo creí que era Dora la Cordobesita.

TRINIT. Me temo que vamos a fracasar.

ROSARIO Vamos a ver. *(Se dirige hacia el foro.)*

TRINIT. *(Cogiéndolo.)* Por aquí, don Rosario, todo derecho.

ROSARIO No, si lo sé; es que iba a darle un vistazo al jardín... *(Avanzan hasta donde están Sebastián y Angustias.)*

SEBAST. *(Avanzando.)* Mis queridos amigos.

TRINIT. Mi buen don Sebastián, mi buenísima doña Angustias... *(Saludando.)*

ROSARIO *(Agarrando el brazo de una butaca.)* ¿Qué tal, qué tal?

TRINIT. No, don Rosario; traiga aquí la mano. Doña Angustias está aquí.

ROSARIO Si lo sé, don Trinitario; es que buscaba un punto de apoyo.

ANGUST. Siéntense ustedes.

TRINIT. Mil gracias. *(Don Trinitario se sienta en una de las sillas y don Rosario encima de doña Angustias.)*

ANGUST. *(Dando un grito.)* ¡Ay!

ROSARIO ¿Qué pasa?

TRINIT. Que se ha sentado usted encima de doña Angustias.

ROSARIO Si lo sé, hombre, si lo sé.

SEBAST. Pues si lo sabía usted...

ROSARIO Lo sabía que me equivocaba.

TRINIT. Aquí, siéntese usted aquí.

ROSARIO *(Sentándose.)* Precisamente donde me iba a sentar.

SEBAST. Bueno, pues ustedes dirán a qué debemos la fortuna de verles por esta casa.

ROSARIO ¿Hablo yo, don Trinitario?

TRINIT. Hable usted, don Rosario, que por algo es el Notario.

ROSARIO Allá voy. Pues bien, yo vengo a decirles, y bien sabe Dios que lo siento, que Salamanca toda, sin distinción de clases ni categorías, ha elegido como tema de murmuración lo que acontece en esta casa, que se ha convertido en un dancing o en un cabaret por obra y gracia de su nieta, que les ha importado todas esas... costumbres, por no llamarlas otra cosa, de allá de Norteamérica.

SEBAST. Lo que pasa aquí es que ese envidioso de Tancredo, en cuanto ha visto que se le marchaba el momio de mi nieta, empezó a hablar pestes de nosotros y a inventar historias.

ROSARIO Esa es la palabra: inventar.

TRINIT. Me lo ha quitado usted de la boca.

ANGUST. Él, que siempre ha tenido la lengua muy ágil para hablar mal de todo el mundo, porque a usted mismo, don Trinitario, ya sabrá usted que le puso de mote pata... plancha.

ROSARIO Efectivamente, yo recuerdo haberle oído decir que usted, en un taller de planchado, se hacía rico.

TRINIT. Y todo por este pequeño defecto mío, que más que defecto es una gracia.

SEBAST. ¿Una gracia?

TRINIT. Una gracia de mi madrastra, que me tiró por las escaleras cuando tenía ocho años.

SEBAST. *(A don Rosario.)* De usted, creo que dice que en vez de narices tiene usted un cierre cristales.

ROSARIO (*Indignado.*) Ese boticario es de lo más anormal que yo he conocido.

TRINIT. Ese don Tancredo es una babosa que en cuanto me lo tropiece en la calle le voy a dar una patá con la pataplancha, como él dice, que le voy a sacar brillo.

ROSARIO Pues no digo nada en cuanto lo vea yo...

ANGUST. Usted, va a ser muy difícil.

ROSARIO ¡Ah, cómo me lo tropiece!

SEBAST. Eso ya es más fácil.

MARIA (*Saliendo por la izquierda.*) Señora.

ANGUST. ¿Qué quieres?

MARIA La señora de Alcobilla, que manda recado para ver si le hacen ustedes el favor de prestarle el negro para la garden-party que celebran en el jardín de su casa.

ANGUST. Bueno, dígale a la de Alcobilla que en cuanto tenga un momento libre, se lo enviaremos.

MARIA (*Hace medio mutis y vuelve.*) ¡Ay, se me me olvidaba!; la manicura acaba de llegar.

ANGUST. Ya era hora. Que pase. (*María hace mutis por la izquierda.*)

ROSARIO Ah, ¿pero tienen ustedes también manicura?

SEBAST. Vino para la nieta; después se las hizo ésta, luego me las hizo a mí, y acabará por hacérselas al negro. (*Por la izquierda hace entrada Clarita, chica monísima que viste a la moderna, y saca un estuche de manicura.*)

CLARITA (*Llegando.*) Buenos días.

SEBAST. Hola, Clarita.

TRINIT. (*Aparte a Rosario.*) ¡Mi madre! ¿Pero ha visto usted qué bibelote, amigo don Rosario?

ROSARIO No, pero lo voy a ver ahora mismo. (*Baja la cabeza hasta cerca de las rodillas de Clarita.*)

CLARITA ¿Se le ha caído a usted algo?

ANGUST. La baba.
CLARITA ¿Se las van a hacer aquí mismo?
SEBAST. No mujer, en el tocador, ¿no te parece?
ANGUST. Desde luego.
ROSARIO Entonces nosotros...
SEBAST. Si quieren ustedes pasar...
ANGUST. Así verán que esos refinamientos que tanto nos critícan, es limpieza, y nada más que limpieza.
TRINIT. ¿Si no molestamos?
SEBAST. Al contrario, y luego verán cómo ha quedado la casa y el jardín.
TRINIT. Muy bien, ya que hemos venido aprovecharemos esta Clarita, ¿no le parece, amigo don Rosario?
ROSARIO ¡Lo de aprovechar la clarita, de perlas!
ANGUST. Pues adentro.... *(Se dirigen a la derecha.)* Ah, mi mantón y mi guitarra, que se me olvidaba... *(Va a volver.)*
TRINIT. No se moleste usted, por Dios; nosotros mismos... *(Coge el mantón y le da a don Ramón la guitarra.)* Ahí va.
ROSARIO ¡Qué enorme raqueta de tennis!
TRINIT. Si es una guitarra.
ROSARIO Sí, ya lo sé, hombre; pero si fuese una raqueta sería hermosa... Bueno, ¿y dónde voy yo con la guitarra?
TRINIT. Al tocador. *(Hacen mutis por la derecha; hay un momento de pausa. Por el foro sale Chon y detrás Mario. Ella se deja caer en una de las butacas con cierto cansancio. El se deja caer en otra con cierto gesto de mal humor.)*
CHON ¿Qué, te ha gustado la elevadora?
MARIO *(Secamente.)* Mucho.
CHON ¿Has visto qué bien funciona la bomba?
MARIO Mucho.
CHON ¿Ha ganado el jardín mucho, verdad?
MARIO Mucho.
CHON ¿Y tú estás en idiota?

MARIO Mucho; digo, no; estoy... Mira, Chon, esto no puede seguir así. Todos los días te hago la misma pregunta, y todos los días encuentras un motivo para dejar la contestación en el aire. Ya no existe el compromiso de tus abuelos; eres libre.

CHON *(Con malicia.)* ¿Tú crees?...

MARIO ¿Qué quieres decir?

CHON No, nada; pero a veces las apariencias... yo puedo parecer libre como tú, tú también puedes parecerlo y...

MARIO ¡¡Chon!!

CHON No te alarmes, hombre, que no es nada; es... eso que te he dicho...; pero, realmente, tú tienes razón; roto el compromiso de mis abuelos con don Tancredo, ya estoy libre, y tú... *(Con insistencia.)* tú no tienes ningún obstáculo, ¿verdad?

MARIO Ninguno.

CHON Pues entonces tengo que decidirme. ¿no es eso?

MARIO Eso; si vas a ser mi mujer o prefieres seguir soltera.

CHON No, soltera, no; y como desgraciadamente, no están ni los tiempos, ni los hombres, para despreciar... una ocasión... sí, sí, tendré que decidirme... Los años corren de una manera vertiginosa; hoy, una mujer, a los veinticinco años, la miran ya como una reliquia; vosotros tenéis más suerte; tardáis en haceros viejos...

MARIO ¿Pero a qué vienen esas divagaciones?

CHON ¿No lo comprendes? Vienen a que estoy decidida a casarme. La soltería me horripila; a mí, las solteronas me hacen el efecto de esas frutas que quedan olvidadas en la copa del árbol y allí están un día y otro madurándose cada vez más, hasta que una ráfaga de aire las echa a tierra, y se acabó. Ay, no, no; yo no me maduro; antes

que el aire me tire, que me coja el hortelano, que en este caso es un marido.

MARIO Chon, ¿en qué tono hablas?

CHON ¿En qué tono quieres que hable? En el de la verdad; que quiero casarme, que me caso.

MARIO ¿Conmigo?

CHON Con... *(Antes de acabar la frase, hace entrada por la izquierda Domingo vestido a la «Federica».)*

DOMINGO Amita.

MARIO *(Desesperado.)* ¡Vaya, está visto!...

CHON *(Sin dejarlo acabar.)* No, no te desesperes, que hoy mismo, dentro de muy poco, tendrás fijamente la contestación.

MARIO ¿Pero cuál puede ser más que?...

CHON Pues si estás convencido de ello, ¿a qué esa impaciencia?

MARIO Es que quiero oirlo de tus labios, oir que soy yo el que...

CHON Un poquito de espera nada más, y anda vete, vete y déjame sola con Domingo tengo que hacerle varios encargos...

MARIO *(Haciendo mutis.)* ¿De manera que dentro de poco?...

CHON Dentro de poco.

MARIO Hasta luego, Chon.

CHON Adiós. Mario. *(Mario hace mutis por la derecha.)*

CHON *(Fijándose en Domingo.)* ¿Pero Domingo?

DOMINGO Mi ama.

CHON *(Riendo.)* ¿Eres tú o Federico el Grande?

DOMINGO Yo no sé quién sería ese señó, mi ama, pero más desgraciao que yo, me apuesto que no.

CHON ¿Pero quién te ha vestido así?

DOMINGO La señora de Montoya me ha teñío toa la mañana sirviendo helados de chocolate.

CHON *(Riendo.)* ¡Pobre Domingo!

DOMINGO No se ría, amita, que yo ya no puedo más,

y por si era poco ahora acaba de decirme niña María que me vaya en seguida a la garden-party de los señores de Alcobilla, ¿pa qué me querrán a mí en la garden-party?

CHON Bueno, pues antes vas a hacerme un encargo mío, en el que tengo gran interés, y después te vas a casa de los señores de Alcobilla; pero ten por seguro que es el último que haces.

DOMINGO ¿De veras, amita?

CHON Yo te lo aseguro; anda, ven, que voy a mi gabinete a escribir unas líneas; saldrás por la puerta de la casa.

DOMINGO *(Siguiéndola.)* ¿De modo que no me prestarán más, verdad?

CHON No te prestarán, te lo juro.

CHON No te prestarán, te lo juro. *(Hacen mutis por la derecha; por la izquierda entra Tancredo, seguido de María de la O. Tancredo viste un pantalón chanchullo exageradísimo, americana entallada y corbata peso mosca; en la mano trae una java bastante gruesa.)*

TANCRE. ¿Conque haciéndose las uñas, eh?

MARIA Sí, señor.

TANCRE. Pues yo no he venido antes porque hoy me ha tocado manicura, pedicura, masajista y *cuafer* a lo garson.

MARIA Verdaderamente, viene usted hecho una manzana.

TANCRE. Pera nada más. *(Se pasea agitando la java.)*

MARIA ¿Va usted de baile?

TANCRE. ¿Lo dices por la java? ¡Catorce duros! Es la que he encontrado con más nudos en toda Salamanca.

MARIA ¿Cuántos tiene?

TANCRE. Quince; quince nudos y una lazada, aquí, en el regatón; es un dibujo pipa.

MARIA ¿No le falta a usted nada?

TANCRE. Sí me falta; mejor dicho, me faltan unos zancos que he estado buscando para entrar aquí.

MARIA ¿Unos zancos?

TANCRE. Unos zancos; porque como había jurao no poner los pies en esta casa y vengo a lo que vengo... *(Se pasea, y de pronto dice:)* ¡Ah, oye!... ¿Está el negro atado?

MARIA Sí, sí, atado; lo que está es que no para aquí ni un segundo: se ha puesto de moda, y de todas las casas lo piden prestado; está reventadito.

TANCRE. Me alegro. Si me hubiese dejado volverle blanco, no le pasaría eso.

MARIA ¿Y usted va por la calle así?

TANCRE. Así; para demostrarles a tus amos que ni en educación, ni en elegancia, ni en ir con el progreso me ganan; ellos se han modernizado! Yo más; y no creas que me gusta este traje, porque los días de viento me entra un aire por debajo de los pantalones, que he cogido un catarro al vientre terrible.

MARIA Pues yo... qué quiere usted que le diga; al principio, no me encontraba así; eso de enseñar los brazos, de enseñar el escote, de enseñar las piernas... pero ahora...

TANCRE. ¿Ahora te encuentras?

MARIA Sí, señor.

TANCRE. Dio que ahora te encuentras a un guardia y te detiene por inmoral. ¡Porque hay que ver cómo vas!

MARIA ¡Anda, pues si viera usted al señor y a la señora!

TANCRE. Si ya sé que esta mansión hidalga y solariega es hoy poco menos que un café de camareras.

MARIA No, señor; esta es la casa de la señorita Chon, la que ella ha hecho su casa.

TANCRE. Te digo que antes de una semana representan tus amos skets sicalípticos; pero allá ellos; no me quiero poner nervioso, porque cuando me pongo nervioso me titila la tráquea y se me espanta la corbata, que, como ves, es mosca.

MARIA Ya lo veo, y me parece que una corbata tan chica no le pega a usted.

TANCRE. No me pegará; pero tiene goma. *(Tirando de ella.)* Es un truco. Con que anda, avisa al tobillero de tu amo, porque estoy deseando decirle lo que le voy a decir y marcharme. Me pesa esta casa.

MARIA En seguida. *(Hace mutis por la derecha, cantando, también con música de Valencia.)*

Chanchullo,
use usted estos pantalones y de fijo
arma un barullo.

(Al mismo tiempo de hacer mutis María, sale también por la derecha Chon.)

CHON *(Saliendo y sorprendida al ver a don Tancredo.)* ¿Pero qué veo?... ¿Don Tancredo?... ¿Usted por aquí?

TANCRE. Yo aquí, sí, señora.

CHON Y con ese traje...

TANCRE. Es el que uso para ir a los cabarets de moda. Por eso me lo he puesto...

CHON ¿Cómo?

TANCRE. Esta casa es un súper monmartroise, y me he puesto a tono... Tenía que venir y he venido, y si hay que pagar consumación, la pago. *(Se sienta y da dos palmadas.)*

CHON Pero don Tancredo, ¿qué quiere usted decir? ¿A qué ha venido usted?

TANCRE. Perdone usted, señorita, que me resista a hablar con usted. En estos sitios no alterno más que con las tanguistas. ¡Que salga su abuelita!

CHON Pero esas palabras...

TANCRE. O si no, que salga el tobillero de su abuelo, que va diciendo que yo le temo. ¿Temerle yo? ¡Ay, que me troncho! *(Jugando con la java, se da un golpe en un ojo.)*

CHON ¿Pero para qué va a salir?

TANCRE. Para que yo le diga todo lo que tengo embuchado, y conste que lo que tengo embuchado es jamón.

CHON ¿En qué quedamos?

TANCRE. Quedamos en que no quiero más que verle, mojarle la oreja e irme.

CHON Pero tranquilícese, por Dios.

TANCRE. ¿Quiere un duelo? ¡Pues a dolernos! ¿Armas? Las que prefiera; la pistola, el sable, la receta... ¡lo que quiera! Y lo mismo me bato con él acompañado de cuatro amigos, que de un jazz-band, si eso le presta mejor estímulo. El caso es lavar la mancha. ¡Que salga ese niño bien!

CHON Pero bueno, don Tancredo. No negará que usted, por su parte, va diciendo por ahí cosas horribles de esta casa

TANCRE. Señorita, lo que yo digo de esta casa lo pongo en el Evangelio y se arrodilla todo el mundo.

CHON ¿Tanto como eso?...

TANCRE. ¿Qué digo yo? Que esta casa es una cloaca, ¿y no es una cloaca? Que es una pocilga, ¿y no es una pocilga?

CHON Señor Delgado, esta casa...

TANCRE. Señorita: el Ideal Rosales, al lado de esta casa, es San Francisco el Grande, y me quedo chico. Hablo mal de esta casa y recomiendo a mis amigos y clientes que imiten el ejemplo. A mi hijo le obligo a que profiera por lo menos tres denuestos a la hora.

CHON ¿A su hijo?

TANCRE. Sí, señorita, a ese hijo que si no llego a tiempo hace el indio...

CHON ¿Se refiere usted a la boda proyectada en cierta ocasión?...

TANCRE. A eso me refiero, y usted perdone; pero ¿unirse usted a mi Pío? ¡Azucaradas frutas de Pekín! ¡Ay, que me mondo! *(Alzando más la voz.) (Por la derecha salen Sebastián y Angustias.)*

ANGUST. ¿Pero qué voces son esas?

SEBAST. ¿Qué ocurre? *(Al fijarse en Tancredo.)* ¡Eh! ¿Tú? Digo, usted, ¿usted en mi casa?

TANCRE. No le ponga usted motes a esta barraca de feria.

SEBAST. ¿Oyes esto?

ANGUST. *(Fijándose en Tancredo.)* Déjame, déjame, que estoy recordando... ¿Dónde he visto yo retratado a este hombre?... ¡Ah, sí! En el «Buen Humor», con un pie que decía: «Pollo pera de Aragón.»

TANCRE. Pues yo la he visto a usted en «Muchas gracias», con un pie encima de otro y un letrero que dice: «Concurso de loros.» «No acercarse, que pica». ¡Anda, toma! *(Se pasea, dándole vueltas a la java.)*

SEBAST. ¡Acabemos! ¿A qué ha venido usted aquí?

CHON Pues don Tancredo ha venido...

TANCRE. *(Sin dejarle acabar.)* Señorita; yo no necesito intérpretes.

CHON Pues sí que los necesita usted, ¡ea!, y me va usted a hacer el favor de ser galante en esta ocasión y dejarme que yo interprete sus palabras.

TANCRE. ¿Pero qué les va usted a decir?

CHON Pues la verdad, y nada más que la verdad. Queridos abuelitos: Don Tancredo Delgado, ilustre farmacéutico salmantino, ha venido a ésta que fué vuestra casa, y hoy es mi casa, a pediros formalmente mi mano para su hijo Pío.

TODOS *(Asombrados.)* ¡¡Eh!!

TANCRE. ¡Esta joven necesita un sello de urgencia!
CHON Sí, abuelos, sí, a pedir mi mano.
SEBAST. ¿Tu ma...? *(Ríe estrepitosamente.)*
ANGUST. ¿Tu mano para Pi...? *(Rompe a reir.)*
TANCRE. Cuando yo digo que aquí acaban haciendo Skets. *(A ellos.)* Yo he venido...
CHON *(Sin dejarle.)* A lo que ha venido usted ya lo he dicho yo y basta. *(A ellos.)* Ahora, vosotros le contestaréis.
SEBAST. *(Que se está ahogando de risa.)* ¿Que le contestemos noso... *(No puede acabar la frase de risa que le entra.)*
ANGUST. Si se espera a que se nos pase el hipo... *(Ríe.)*
SEBAST. *(Sin dejar la risa burlona.)* Contéstale tú.
ANGUST. Tiene razón éste; contéstale tú.
CHON Pero le contesto por vosotros.
SEBAST. Pues claro.
CHON En ese caso... señor don Tancredo Delgado, hemos oído complacidísimos su petición, y por nuestra parte no tenemos inconveniente en que nuestra nieta se una a su hijo.
ANGUST. *(Creyendo que es una broma, dice riendo más desaforadamente.)* ¡Graciosísimo!
SEBAST. ¡De un humorismo encantador!
TANCRE. ¿Pero es que me están ustedes tomando el cuero capilar?
CHON *(Continuando.)* Y yo, por mi parte, añado que estoy muy contenta de la determinación de mis abuelos, y que tampoco tengo inconveniente en que se anuncie mi próximo matrimonio con Pío.
SEBAST. Bueno, bueno; basta ya de broma.
CHON No es broma, abuelito; hablo completamente en serio.
TANCRE. ¿Eh?
ANGUST. ¿Cómo?
CHON Así como lo oyen; en serio.
ANGUST. ¿Que te casas con Pío?

SEBAST. ¿Estás loca?

CHON Nunca más cuerda, abuelitos; aunque llevo poco tiempo aquí, llevo lo bastante para que os hayáis dado cuenta de mi modo de ser. Yo necesito hacerme mi marido como me he hecho mi casa; enteramente a mi gusto; aquí, el cuarto de baño; allí, el gabinetito; en este otro, la alcoba... ¿Comprenden ustedes? Pío no es el marido ideal, pero yo puedo hacerle que lo sea; es el terreno sin edificar.

TANCRE. ¿Mi hijo un solar?

CHON Un solar en el que yo edificaré a mi gusto; en cambio, Mario... Mario es una casa de muy difícil reparación.

TANCRE. Como que tiene goteras.

CHON Goteras y una hipoteca de tres años, rubia como un rayo de sol...

SEB. Y AN. ¡Eh!

CHON Que no tiene más remedio que cancelar; por eso le he aconsejado que se vaya esta misma tarde a Madrid, y esta misma tarde se va.

SEBAST. Entonces, ¿tu viaje a la corte?

CHON Sí, abuelito; me he enterado de todo.

ANGUST. Ya me chocaba a mí que ese pintamonas no tuviese algún lío en Madrid. *(Volviéndose a ellos.)*

CHON Y en cuanto a ustedes, supongo que sabrán olvidar.

TANCRE. ¿Olvidar el qué? Olvidar que esta casa es una pagoda del buen gusto y un minarete del bienestar; pero hombre, si a mí, cuando me hablaban mal de Sebastián, me sentaba como un tiro.

ANGUST. Como a nosotros, cuando nos decían que eras más malo que tus inventos.

TANCRE. ¡Sebastián!

SEBAST. A mis brazos.

ANGUST. Y a los míos. *(Se abrazan efusivamente.)*

CHON Y así, amigablemente y sin prisas, podemos combinar la fecha...

TANCRE. A mí me gustaría... *(Siguen hablando.)*

PIO *(Saliendo con una carta en la mano, como si la acabara de leer.)* No me explico para qué me cita Chon. *(Viendo a todos.)* ¡Anda, mi padre! No tengo más remedio que hablar mal de la casa, porque en cuanto se me ocurre hablar bien, me da un guantazo.

TANCRE. *(Viéndole.)* ¡Hijo! ¿Pero tú aquí?

PIO Perdona, papá; he puesto los pies en esta inmundicia...

TANCRE. ¿Inmundicia esta casa? *(Le da una torta.)*

PIO ¡Pero padre! *(Aparte.)* Le ha parecido poco. *(Alto.)* Tienes razón, no es inmundicia. Es un tugurio pestilente.

TANCRE. ¿Tugurio? *(Le da una patada.)*

PIO Nada, que no sé cómo acertar.

TANCRE. Esta casa es la antesala de la gloria, hijo mío. Es el paraíso terrenal en...

PIO ¿Pero se ha vuelto usted loco?

TANCRE. Loco de alegría. Ven a abrazar a tus abuelos.

PIO Que yo abrace a esos...

TANCRE. *(Levantando la java.)* Como prefieras un insulto, te meto la java en la cabeza y te la convierto en una pianola.

PIO Es que...

TANCRE. Abraza a tus abuelos te digo.

PIO *(Con mucho miedo.)* ¡Abuelito! ¡Abuelita! *(Los abraza.)*

ANGUST. ¡Hijo de mi vida!

SEBAST. Si yo siempre dije que esta criatura era una monada.

ANGUST. Un porvenir para nuestra Chon. ¡Y hay que ver qué bien guía los automóviles!

SEBAST. ¡Y cómo viste!

PIO Pero padre, ¿estó qué es?

TANCRE. Esto es, que dentro de dos meses te uni-

rás en santo e indisoluble lazo con Chon.

PIO ¿Eso es cierto?

ANGUST. *(Desmayándose.)* ¡Ay! *(Por la derecha sale Clarita con el estuche muy sofocada.)*

CLARITA Bueno, hasta el miércoles, que vendré si me aseguran ustedes que no estarán aquí esos dos sinvergüenzas.

ANGUST. ¿Qué pasa?

CLARITA Pues que entre el uno que toca porque no ve, y el otro que toca porque es organista... he tenido que pararles los pies.

TANCRE. ¿Pero quién son?

SEBAST. Don Trinitario y don Rosario.

TANCRE. Ah; ¿pero están ahí ese par de chismosos que te han ido poniendo de vuelta y media?

ANGUST. Pues anda, que a tí.

TANCRE. *(Enarbolando el bastón.)* Estreno la java, y como guste la repito.

CHON *(Suplicándole.)* No, escándalos en mi casa, no.

DOMINGO *(Que sale sin sombrero con la pechera al revés y un ojo hinchado.)* Amita, sáqueme usted pasaje para Santo Domingo, que yo me voy ahora mismito.

CHON ¿Pero no estabas en la garden-party de los señores de Alcobilla?

DOMINGO Allí estaba.

ANGUST. ¿En la puerta o en la rifa?

DOMINGO En el pim pam pum. Me han estado tirando pelotas media hora a peseta la docena.

TANCRE. Si lo llego a saber, me cuesta veinte duros.

CHON Pues no tengas cuidado, que ya no volverás a salir de aquí, porque desde hoy puedo decir que tengo mi marido y mi casa.

TELON

Obras de Antonio Paso

en colaboración unas, con Carlos Arniches; otras, con Abati; otras, con García Alvarez; otras, con Monís; otras, con González del Toro, y algunas solas. ¡Qué se le va a hacer!

.....

La candelada.
El señor Pérez.
El Niño de Jerez.
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos,
Todo está muy malo.
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz.
El padre Benito.
Sombras chinescas.
Los cocineros.
Los rancheros.
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Alta mar,
Churro Bragas.
Concurso universal.
Los presupuestos de Villapierde.
La alegría dela huerta.
El Missisipí.
La luna de miel.
Las venecianas.
Los niños llorones.
El bateo.
El respetable público.
La corría de toros.
El solo de trompa.
El cabo López.
La Virgen de la Luz.
El pelotón de los torpes.
El pícaro mundo.
El trébol.
El aire.
La torería.
Gloria pura.
La misa de doce.
¡Hule!
Frou Frou.
La mulata.
La reina del couplet.
El ilustre Recóchez.
El aire.
El rey del valor.
El arte de ser bonita
La taza de te.
Los mosqueteros.
La loba.
La hostería del laurel,
La marcha real.
La alegre trompetería.
Tenorio feminista.
El quinto pelao
Los ojos negros.
Mayo florido.
La república del amor.
La tribu jitana.
El gran tacaño.
Los hombres alegres.
Los perros de presa.
El paraíso.

¡Mea culpa!
Genio y figura.
La partida de la porra.
La mar salada.
La alegría de vivir.
Los viajes de Gulliver.
La divina providencia.
La gallina de los huevos de oro.
El verbo amar.
Baldomero Pachón.
Pasta flora.
El debut de la chica.
El orgullo de Albacete.
La pata de gallo.
El potro salvaje.
La corte de Risalia.
El dichoso verano.
Nuestra novia.
España nueva.
El cabeza de familia.
La Piqueta.
El tren rápido.
Los vecinos.
Mi querido Pepe.
Sierra Morena.
Las alegres colegialas.
El velón de Lucena.
La bendición de Dios.
El Infierno.
El asombro de Damasco.
El río de oro.
El viaje del rey.
La gentil Mariana.
Nieves de la Sierra.
El Rey del Tabaco.
El niño judío.
Los cien mil hijos de San Luis.
Juanito y su novia.
Muñecos de trapo.
Pancho Virondo.
La Garduña.
Las aventuras de Colón.
El padre de la Patria.
El pobre Rico.
Guitarras y bandurrias.
Los baños de sol.
La caída de la tarde.
El porral de Belén.
¡Tío de mi vida!
¡No te cases, qué peligras!
Ojo por ojo.
Melchor, Gaspar y Baltasar.
Bataclán.
La guillotina.
Nuestra novia.
Mi marido se aburre.
El apuro de Pura.
El burlador de Medina.
El cerdo de Avilés.
La tietra del Carmen.
Benamor.
La luz de Bengala.
La moza de Campanillas.
Las mujeres de Zorrilla.
Los autores de mis días.
Su desconsolada esposa.
El talento de mi mujer.
Rosa de fuego.
La caída de ojos.
La pura verdad.
Por una mujer.
¡Mujercita mía!
¡Qué hombre tan simpático!
Los ojos con que me miras.
Los celos me están matando
Soltero y solo en la vida
Que encanto de mujer
El paseo de Rosales

Obras de Antonio Estremera

Libros usados.
El hijo de doña Urraca.
El hombre pañuelo.
El bajo cantante.
La reina del tango.
El hogar alegre.
El reloj de arena.
El gran duque Simple IV.
Juego de amor.
El padre Cirilo.
La Pepita de Oro.
Las cuarenta horas.
Pan de Viena.
El statu quo.
El gran demócrata.
El chic parisién.
El alma del león.
Cuento sinfónico.
El día y la noche.
El templo de Cupido.
Las mujeres de teatro.
La reina alegre.
Las medias caladas.
Agua de borrajas
La mujer soñada.
El despertar del león.
El ogro.
El rey del fado.
Secretaría particular.
El rey de la selva.
Los brazos caídos.
Un pedazo de pan.
Los ilustres doctores.
La dichosa honradez.
El camino de todos.
La bola.
Don Quintín el amargao.
Conferencia científico-literaria del cuplé.
¡Qué hombre tan simpático!
El tropiezo de la Nati o Bajo una mala capa.
El señor Pepe el templao o La mancha de la mora.
Mi casa.